



Fabien Barrau (@fabienbarrau)

mientrastanto.e

Número 240 de diciembre de 2024

Notas del mes

Trump y el capitalismo bárbaro

Albert Recio Andreu

Jugar al gallina en el Antropoceno

José Luis Gordillo

Del «Sólo el pueblo salva al pueblo» a «Me cuida la vecina, no la policía»

Economía y política de la dana

Albert Recio Andreu

Una generación en crisis: entre la resignación y la rebeldía

Marcos López Bausan

25-N: la inutilidad de la represión penal frente a la violencia patriarcal

Antonio Giménez Merino

Ensayo

La incertidumbre de las izquierdas

Antonio Antón

De otras fuentes

La historia no tan secreta del apoyo de Netanyahu a Hamás

Ghousoon Bisharat

Los malos votos de Georgia y Moldavia

Rafael Poch de Feliu

La Cumbre de Biodiversidad en Colombia acaba con resultados mediocres

Marx, el comunismo y el decrecimiento

Daniel Tanuro

Ante el «caso Errejón», más feminismo, no menos

Carmen Heredero y Antonio Antón

La Biblioteca de Babel

Un día en la vida de Abed Salama

Más allá del ser y el no ser

Lo prohibido

En la pantalla

Bolivia: el oro asesino

Argentina: las guardianas de la verdad

India: vivir a 50 grados

Campanyas

Guía práctica: Comunidades Energéticas y Decrecimiento

Observatori del Deute en la Globalització

... Y la lírica

Antipoema de Navidad

Amelia Díaz Benlliure

Notas del mes

Albert Recio Andreu

Trump y el capitalismo bárbaro

Cuaderno de locuras: 15

Con la victoria de Trump y el nombramiento de su Gobierno, el subtítulo con el que recojo bianualmente mis comentarios de economía gana todo su sentido. No es un Gobierno de enfermos mentales (aunque seguro que hay bastantes psicópatas en sus filas) sino de ideas locas. Las que flotaban en el ambiente cuando se me ocurrió este título.

Preocupa mucho Trump, su autoritarismo, su corrupción, su irracionalidad. Ya dio muestras de ello en su primer mandato y en la preparación de un fallido golpe de estado. Ahora es mucho más peligroso porque ha obtenido un control casi completo de las instituciones básicas, porque su presunta oposición está en crisis, porque cuenta con aliados fuertes en bastantes países, porque el contexto global es mucho más peligroso, por su racismo, su xenofobia, su machismo, su antiecológico... Pero, con todo, lo que verdaderamente parece más preocupante es la estrecha relación que mantiene con personajes relevantes de las élites económicas. Lo que es realmente sorprendente y peligroso es que tipos como Elon Musk se metan directamente en la acción de gobierno. Históricamente, siempre ha habido una cierta división de poderes entre el poder político y el económico. Y, aunque las influencias de este último sobre el primero son potentes, esta separación permite una cierta mediación y atemperación de las demandas empresariales, así como la adopción de políticas que tienen sentido desde la óptica del conjunto de la sociedad.

Quizás Elon Musk sea sólo un tipo con un ego tan grande que necesita tener un cargo político de relumbrón para ver satisfechas sus aspiraciones (más o menos como el empresario local que se pone a presidir el club de fútbol o una asociación cultural, pero a lo grande). Pero su entrada tiene que ver con la introducción de una agenda ultracapitalista radical, que también está en marcha en otros países. Que ha sido auspiciada por importantes *think tanks* engrasados por dinero de grandes empresarios. Y que, de aplicarse, supone una auténtica destrucción del estado liberal vigente, con diferencias notables, en la mayoría de los países ricos.

Parte de la izquierda tiende a entender el capitalismo como un ente con pensamiento propio, casi como un sujeto. Esta es una visión demasiado simplista, y no permite entender su funcionamiento real. El capitalismo es ante todo una estructura institucional (leyes, organismos públicos, empresas) que se ha ido perfilando a través de los años y ha alcanzado una enorme complejidad. Un marco institucional que promueve el interés privado y la acumulación de capital. Pero la estructura en sí no es un sujeto pensante, ni tiene un propósito delineado. Los sujetos son los distintos capitalistas que actúan en función de sus intereses particulares o se asocian con otros, o financian instituciones, para que sus intereses queden reflejados en la estructura institucional. Esto permite entender tanto la existencia de conflictos entre diferentes grupos de capitalistas como propuestas políticas diferentes para regular sus relaciones con la sociedad. Los pactos sociales de postguerra, las políticas de bienestar, fueron el producto de una correlación de fuerzas concreta, de la visión de algunos líderes políticos y empresariales de que la revolución solo se podía parar con reformas y, también, de la ventana de oportunidad de negocio que podía generar el consumo de masas. El neoliberalismo fue producto de una reacción empresarial a lo que consideraron un poder obrero desmedido y un sector público demasiado autónomo. Las

políticas desreguladoras y la globalización (entendida en gran parte como deslocalización) fueron los instrumentos para restablecer un poder capitalista desbridado. Pero, en la mayoría de los países, salvo en dictaduras como Chile o Argentina, o en circunstancias de shock (cómo la crisis de 2008), las medidas no supusieron la destrucción completa de la anterior estructura pública. Paradójicamente, el peso del sector se mantuvo en niveles parecidos (aunque cambiando sus lógicas de intervención). En cambio, lo que ahora proponen los radicales «a lo Musk» es una vuelta al marco institucional del siglo XIX.

Es posible que se trate sólo de un grupo de empresarios particularmente fanáticos. Aunque hay buenos registros históricos de que, en el caso de Estados Unidos, este ultralibertarismo económico tiene una amplia tradición en su mundo empresarial (lo que explica, por ejemplo, el tamaño proporcionalmente más reducido del sector público o el peculiar sistema sanitario). Que ahora este grupo esté encabezado por los líderes de la presunta revolución tecnológica (la política de ajuste va a estar coliderada por un líder de las tecnologías de la comunicación y por otro de las biotecnológicas), gente, en teoría, con educación sofisticada, puede estar indicando algo mucho más importante: que una parte de las élites tecnológicas han llegado a la conclusión de que no existe espacio para alguna especie de capitalismo inclusivo, que hay que empobrecer a grandes masas para disciplinarlas en un capitalismo de la escasez y la pobreza.

Una disciplina no sólo laboral sino también orientada, de nuevo, hacia algún tipo de estado militarista. Un militarismo que tiene dos polos de atracción. Por una parte, el desafío chino. Algo salió mal en el proyecto de globalización neoliberal. Estaba diseñado para externalizar la producción material a países pobres con bajos salarios, pocos derechos y ausencia de sindicatos; reducía costes y disciplinaba a las clases trabajadoras de los países centrales. Pero no contaban que China y algunos otros países serían capaces de alcanzar un notable desarrollo tecnológico que podía competir en algunos de los campos clave (tecnologías electrónicas, coche eléctrico...). Por otra, el problema de los metales estratégicos clave para el cambio tecnológico en marcha. El militarismo y el colonialismo siempre han estado asociados al control de recursos estratégicos. Y el activismo militar requiere de patriotas disciplinados y dispuestos a ver como enemigos al resto de la humanidad.

Es dudoso saber hasta qué punto los *trumpistas* están dispuestos a aplicar su programa. Con qué tipo de resistencias chocarán. Más allá de un límite, sus propuestas no sólo conducen a un desastre social, sino que incluso pueden socavar las bases de su propio modelo (por ejemplo, en el campo de las infraestructuras). De momento, están recibiendo el aplauso de las bolsas, de los rentistas de todo el mundo. De unos intereses financieros ajenos no sólo a los costes sociales que generan, sino también de las bases materiales que sustentan su propia riqueza. Lo que es seguro es que sus locas propuestas pueden generar mucho sufrimiento y mucha destrucción a corto y medio plazo. No sólo a los estadounidenses sino al resto del mundo, donde están expandiendo sus redes de aliados. Bienvenidos a la barbarie.

José Luis Gordillo

Jugar al gallina en el Antropoceno

En el inicio de la COP29, la conferencia climática anual de la ONU celebrada recientemente en Azerbaiyán, los investigadores del Global Carbon Project (GCP) hicieron público un estudio en el que se informaba que, desde los Acuerdos de París de 2015, las emisiones de CO₂ no solamente no habían disminuido, sino que habían aumentado un 8% en los últimos diez años. Recordemos que, según dichos acuerdos, las emisiones se debían reducir para no superar los 1,5 °C de la temperatura global a finales de este siglo. En la citada cumbre, los países «poco desarrollados» solicitaron a los países «desarrollados» financiación para iniciar una transición energética hacia las energías renovables. Después de tiras y aflojas diversos, la conferencia concluyó con un compromiso de una transferencia de recursos de los países ricos a los pobres por un valor de 300.000 millones de dólares.

El cambio climático provocado por la actividad humana es el fenómeno más publicitado sobre la aproximación de la humanidad a los límites de sustentabilidad del planeta. Por desgracia, los ciudadanos de Valencia, tras padecer los efectos de la dana, ya saben a ciencia cierta lo que eso significa en concreto. El cambio climático es también el síntoma más conocido de que vivimos ya en el Antropoceno, esto es, en una era geológica en que la actividad humana se ha transformado en el principal factor que está alterando los equilibrios ecológicos del planeta.

Sin embargo, los dirigentes de las grandes potencias no le prestan mucha atención. Desde su perspectiva, hay asuntos mucho más urgentes como, por ejemplo, las pugnas de poder en las que están inmersos.

A ellas se dedican de forma preferente los dirigentes políticos de EE. UU. y de la Unión Europea, así como los de Rusia y China. Los primeros, los *nuestros*, como ha recordado recientemente Rafael Poch de Feliu, son los que están escalando la guerra en Ucrania, animando un genocidio en Gaza, permitiendo los bombardeos israelíes en el Líbano y en Irán, y calentando motores para un gran enfrentamiento con China en Asia. Todos ellos están empeñados en dedicar cada vez más recursos para llevarnos hacia algo tan beneficioso para la humanidad como sería la Tercera Guerra Mundial. Llamarlos dementes es quedarse corto.

A resultas de lo cual, el pasado miércoles 20 de noviembre, la prensa atlantista europea nos informó de que los gobiernos de Suecia, Finlandia, Noruega y Dinamarca habían enviado a sus ciudadanos unas guías con instrucciones para su protección en caso de desastres naturales, inundaciones, pandemias, ciberataques, actos de sabotaje y guerras, lo que incluía la posibilidad de una guerra nuclear a gran escala contra Rusia (*El País*, 20-11-2024).

Al parecer, las orientaciones eran bastante específicas. Se decía en ellas, por ejemplo, lo que había que hacer para sobrevivir en caso de ausencia de electricidad, acceso al agua potable o a la compra de alimentos básicos; también se indicaba el *kit* de elementos mínimos que todo ciudadano debía tener en su casa para sobrevivir a la catástrofe (velas, cerillas, transistor de pilas, botiquín de primeros auxilios), así como el refugio antinuclear más cercano al que debía acudir en caso de bombardeo atómico. No sabemos si las poblaciones de Suecia y Finlandia, dos países neutrales hasta hace un par de años, después de recibir instrucciones tan *tranquilizadoras*,

se sintieron desagradecidas o agradecidísimas a sus gobiernos por haberlas metido en la OTAN y en una guerra contra Rusia. También es mala suerte: entras en la OTAN y de forma inmediata te ves metido de lleno en un enfrentamiento con una potencia nuclear.

No consta que en los folletos se incluyese, por aquello de mostrarse siempre animoso y jovial, aquel viejo chiste que se explicaba en la antigua URSS:

—Camarada, ¿cuáles son las órdenes si suena la alarma de ataque nuclear?

—Hombre, camarada, ya deberías conocerlas: cubrirse la cabeza con un trapo y dirigirse lentamente hacia el cementerio.

—¿Por qué lentamente?

—Para no provocar un ataque de pánico.

A nosotros, tener conocimiento de todo lo anterior no nos ha provocado de momento un ataque de pánico, pero sí de *inseguridad* aguda. Tal vez porque siempre nos hemos sentido amenazados por la OTAN y no, desde luego, protegidos por ella. Puede que ahora decir esto nos convierta en unos bichos raros para el sector de nuestros conciudadanos cuya educación sobre asuntos bélicos se reduce a las series y películas *made in Hollywood*.

No obstante, todo el mundo debería atender a las declaraciones del primer ministro alemán, Olaf Scholz, quien afirmó dos días después del reparto de los folletos mencionados que lo sucedido en las últimas semanas era una «escalada aterradora». Asimismo, el presidente del gobierno polaco Donald Tusk, antirruso furibundo, declaró el mismo día: «La amenaza de un conflicto global es realmente seria y real. Ninguno de nosotros conoce el final de este conflicto, pero sabemos que ahora está adquiriendo dimensiones muy dramáticas y los acontecimientos de las últimas horas lo demuestran» (*El País*, 23-11-2024).

Es fácil estar de acuerdo con las valoraciones de Scholz y Tusk si repasamos los acontecimientos que se han sucedido durante la semana del 17 al 23 de noviembre pasados (lo recuerdo siendo consciente de que, a lo mejor, cuando se publique esta nota pueden haber ocurrido cosas peores).

Como ya apuntamos en una nota anterior, el retorno de Trump a la Casa Blanca ha generado mucha ansiedad anticipatoria entre los lobbistas del complejo militar-industrial norteamericano, los cuales —decíamos— podrían sucumbir fácilmente a la tentación de intensificar las provocaciones a Rusia antes de que Trump acceda a la presidencia de los Estados Unidos el próximo 20 de enero.

En consecuencia, el domingo 17 de noviembre se informó que Biden, el presidente *en funciones* de EE. UU., le dio un empujón a la escalada militar dando la orden de atacar objetivos en Rusia con misiles ATACMS de largo alcance (se dice que de trescientos kilómetros). Los británicos se apuntaron enseguida a la fiesta autorizando la utilización de sus misiles Storm Shadow. Un par de días después, el martes 19, se procedió al primer ataque con ellos. El mismo día Putin aprobó un decreto por el que Rusia se reservaba el derecho de responder con armas nucleares a un ataque convencional contra su territorio, y un día después declaró en la televisión rusa: «Rusia se

considera con derecho a utilizar sus armas contra las instalaciones militares de los países que permiten el uso de sus armas contra Rusia». El mismo martes 19 las embajadas en Kiev de EE. UU., España, Italia y Grecia decidieron cerrar temporalmente sus instalaciones por temor a la respuesta rusa.

Putin ya había anunciado el pasado septiembre que tomaría esa decisión justificándola en el hecho de que los misiles de largo alcance occidentales solo se podían utilizar introduciendo datos de los satélites norteamericanos, y que eso únicamente lo podían hacer los militares de países de la OTAN. Por tanto, si se utilizaban dichos misiles, eso equivaldría a una acción de guerra directa de la OTAN contra Rusia.

El jueves 21 de noviembre el gobierno de la Federación Rusa respondió con el lanzamiento de un misil de alcance intermedio contra una instalación militar en Ucrania. Lo llevó a cabo con un misil hipersónico de última generación con cabeza convencional capaz de desplazarse a diez veces la velocidad del sonido (a tres kilómetros por segundo), lo cual lo convierte en prácticamente invisible para el ojo humano e inalcanzable para toda la panoplia de instrumentos supuestamente destinados a interceptarlo.

Así pues, Putin respondió al ataque del día anterior mostrando con hechos que los millones o billones de dólares que, desde los años ochenta del siglo pasado, se han venido dilapidando en los famosos escudos antimisiles y en los sucesivos proyectos en que se ha ido concretando la «guerra de las galaxias», no han servido para nada. Por ahora, mientras los países de la OTAN no inviertan miles de millones de dólares en igualar la nueva coherencia hipersónica rusa, sus territorios y sus poblaciones son totalmente vulnerables a los ataques convencionales o nucleares lanzados desde Rusia.

Por eso Putin se permitió el lujo de anunciar a Washington su lanzamiento con treinta minutos de antelación: porque tenía la seguridad de que EE.UU. no podría hacer absolutamente nada para interceptarlo. De ahí que el viernes 22 la Alianza Atlántica convocara para el martes 26 una reunión urgente con el gobierno ucraniano. En su lenguaje, esa reunión era necesaria para responder «a la clara y grave escalada en la brutalidad de la guerra». Curiosa manera de referirse a lo que, a todas luces, había comenzado con los ataques de la OTAN de tres días antes.

Lo sorprendente del asunto es que la «escalada aterradora» tampoco va a cambiar nada sustancial de la correlación de fuerzas existente en los campos de batalla del este de Europa. Como dijo un portavoz de la OTAN al día siguiente de que Rusia lanzase su misil hipersónico: «El curso de la guerra no cambiará por el misil ruso». Exacto, pero se le olvidó añadir que tampoco va a cambiar nada por el lanzamiento de los misiles de largo alcance estadounidenses, británicos o franceses.

De hecho, ya nadie en Occidente cree posible que EE. UU./OTAN y su infantería ucraniana puedan expulsar a Rusia de las posiciones conquistadas. Los gobiernos occidentales y sus terminales mediáticos ya dan por hecho que lo único sensato que se puede hacer ahora es negociar con Rusia. Eso es lo que quieren decir cuando afirman que hay que seguir apoyando al gobierno de Kiev «para mejorar la posición de Ucrania en las futuras negociaciones de paz». En esos términos se ha expresado desde el nuevo secretario general de la OTAN, Mark Rutte, hasta el propio Zelensky, pasando por varios dirigentes europeos. Dicho sea de paso: eso, salvo lo de apoyar al gobierno pro-OTAN de Kiev, ya lo decíamos nosotros hace dos años.

Pero entonces, ¿a qué viene esta escalada que no va a cambiar nada en el campo de batalla y únicamente nos acerca a la confrontación global que temen Scholz y Tusk?

A lo que hemos asistido en esta semana fatídica es a la enésima repetición del juego del «gallina» entre potencias nucleares, que ya denunció Bertrand Russell en *La guerra nuclear ante el sentido común* (1959). Tal vez la gente joven desconozca de lo que estamos hablando. Como muy bien explicaba Russell, dicho juego, que al parecer practicaban entonces algunos adolescentes descerebrados, consiste en situar dos coches en dos extremos opuestos de una larga carretera recta, con una línea blanca trazada en el centro. A continuación, los dos automóviles con sus conductores dentro se lanzan el uno contra el otro a toda velocidad por encima de la línea blanca. A medida que se aproximan se hace más evidente que ambos pueden morir por el choque frontal. Ante lo cual, si alguno de ellos cambia de dirección bruscamente para evitarlo, el otro, al pasar por su lado, le grita «¡gallina!». Como decía Russell, en ese estúpido juego los únicos que pueden perecer son los conductores suicidas, pero cuando a ese juego juegan los dirigentes de las grandes potencias, quienes podemos perecer somos todos nosotros.

Durante la guerra fría del siglo XX las potencias atómicas se dedicaron a jugar al juego del «gallina» en múltiples ocasiones, lo que equivale a decir que el mundo estuvo al borde del abismo en muchos momentos entre 1945 y 1991. Por ejemplo, con motivo de la guerra de Corea de 1950 a 1955, durante el conflicto por el control del canal de Suez en 1956, en el transcurso de la crisis de los misiles cubanos de 1962 y de la guerra de Vietnam en 1968 y 1969, o bien a raíz de la guerra del Yom Kippur entre Israel y sus vecinos árabes de 1973. En todos esos conflictos había agresores y agredidos, ocupantes y ocupados, imperialistas y antiimperialistas, revolucionarios y contrarrevolucionarios, pero si el juego del «¡gallina!» hubiera conducido al choque frontal, todas esas cuestiones se hubieran convertido en asuntos menores.

Poca gente hace estas reflexiones cuando se habla de la guerra fría del siglo pasado. En general, a derecha y a izquierda, se prefieren los relatos bélicos heroicos que ponen mucho énfasis en la asignación de culpas, al creer que una guerra nuclear no sucederá jamás porque nadie sensato la puede iniciar por aquello de la mutua destrucción asegurada. Como dejó escrito Alberto Malliani, muchas personas están convencidas de que la maquinaria militar de las potencias nucleares funciona a partir de dos principios básicos: 1) todo funciona en la manera en que está previsto que funcione; 2) nada sucederá hasta que no se quiera que suceda.

A quienes piensen así les invito a que lean el apartado dedicado a las falsas alarmas y los accidentes relacionados con armas nucleares del libro de Xavier Bohigas y Teresa de Fortuny *Riesgos y amenazas del arsenal nuclear*. Si con ello todavía no quedan convencidos de que esos principios son más ilusorios que reales, entonces que piensen en que el último acelerón de la

guerra entre EE. UU./OTAN y Rusia en el este de Europa, se ha producido por la decisión de un señor (y si él no la tomó, al menos fue su responsable último) con graves deficiencias cognitivas, como resultó evidente en el debate televisado en el que se enfrentó a Trump y le obligó a abandonar la carrera presidencial.

Exigir un alto el fuego inmediato en Ucrania y en Gaza es lo mínimo que se debe hacer para intentar detener la carrera hacia el desastre global y para mejorar sustancialmente la vida de palestinos y ucranianos. Para ello se deben hacer oídos sordos a las acusaciones de antisemitismo o de pro-putinismo propagadas por los aparatos de propaganda de Israel y la OTAN. Hay que tomar muchas distancias con la OTAN y con cualquier Estado con armas nucleares, como la Rusia de Putin, que pueda hacer saltar el mundo por los aires. Frente a todos ellos, hay que volver a entonar las estrofas de la vieja canción: *nosaltres no som d'eixe món!*

Isabel Alonso Dávila

Del «Sólo el pueblo salva al pueblo» a «Me cuida la vecina, no la policía»

Los eslóganes contra el Estado (del bienestar) que van tomando posiciones en nuestras protestas

La terrible situación vivida en Valencia, y que todavía, un mes después, sigue convirtiendo la vida de numerosas personas en un infierno, ha puesto sobre la mesa importantes debates políticos. Unos, referidos a las decisiones que no se tomaron, es decir, que no tomó el presidente de la Comunidad Valenciana, Carlos Mazón. Otros, de más largo alcance, referidos a temas medioambientales, como la urgencia de tomar medidas importantes contra los efectos devastadores originados por el cambio climático y también sobre los efectos en las vidas, y las muertes, de las personas, de unas políticas públicas ultraliberales que han permitido la construcción desafortunada en zonas inundables.

Estos problemas, tanto los primeros, más del corto plazo, como los segundos, de largo alcance, deberían llevar a la ciudadanía, organizada o no, además de a ejercer la solidaridad como lo ha hecho, a exigir responsabilidades por lo inmediato y unas políticas públicas con altura de miras que amortigüen en lo posible los efectos de la tremenda bomba climática que planea sobre nuestras vidas. Y, en esta exigencia, enterarse muy bien de lo que proponen unos partidos u otros y votar en consecuencia. Todavía podemos confiar en que esta respuesta ciudadana, en ambos sentidos, se produzca (ya lo ha hecho en la gran manifestación de Valencia, por ejemplo) y se mantenga en el tiempo, que será lo que pueda garantizar un cierto éxito.

Sin embargo, la ira popular, también se ha manifestado en acciones que en un principio parecían espontáneas y que enseguida empezamos a ver que no lo eran tanto. Y, acompañando una solidaridad encomiable, nuestros móviles se empezaron a llenar con un eslogan, «Sólo el pueblo salva al pueblo», que nos sumió, por lo menos a algunas, en una gran zozobra.

El pensamiento dicotómico, según Edgar Morin, es una de las trampas que nos llevan a unos análisis que no nos sirven para comprender la complejidad del mundo y, mucho menos, para actuar en él a partir de análisis certeros. La dicotomía que encierra el eslogan citado es la que se establece entre «el pueblo», que es la parte que se nombra, pero que, tras el «sólo», esconde la otra parte de la dicotomía. Es decir, en este caso, a nuestros representantes elegidos democráticamente. De esta manera, nos situamos cómodamente en el campo de quienes no tienen ninguna responsabilidad en lo sucedido, al colocarnos solamente en el lado del «pueblo», obviando que hemos sido nosotros, con nuestros votos o nuestra abstención, quienes hemos colocado en el lugar de quienes tenían que tomar las decisiones a personas ineptas, mentirosas y cínicas, cuanto menos. De paso, oh casualidad, confluyamos con aquellas personas que piensan que «todos los políticos son iguales», que «todos están ahí para chupar del bote» y que la ciudadanía no les importa. Desde aquí tenemos el camino expedito al desprestigio de la política democrática, en general, y ya sabemos qué pasa cuando estos análisis groseros se imponen: abstención de personas con un sentido crítico y aumento de votos de los que repiten, y alimentan, claro, esta visión de trazo grueso e interesado. Siempre he pensado que tras el

nombre del partido de Alvisé Pérez, Se Acabó la Fiesta, se estaban ocultando unas palabras que iban detrás, «de la democracia». Es decir, tras este «se acabó la fiesta» en realidad debemos leer que «se acabó la fiesta de la democracia». Y, claro, si se acaba la fiesta de la democracia empiezan las dictaduras y nos quedamos sin fiesta alguna.

Porque las dictaduras, y muchas personas lo sabemos de primera mano, son el territorio de la tristeza, del miedo, de la hipocresía, del horror, de la falta de derechos, todo ello términos incompatibles con la fiesta. Porque debemos tener claro que es la opción autoritaria y dictatorial la que se esconde tras los ataques a «la política»: política democrática no, política dictatorial sí. Y, desgraciadamente, no es sólo Alvisé quien lanza estos mensajes contra «los políticos», sino que, desde un lugar políticamente muy lejano a él, nos encontramos también con alimento para el desprestigio de «la política». Pongo aquí un ejemplo: cerca de mi casa, hay un centro juvenil radical en el que se puede leer, en una pancarta que tienen colgada en la terraza: «Contra rentistas y políticos, organicemos la alternativa revolucionaria. Acabemos con el negocio de la vivienda».

Bueno, pues cuando todavía estaba haciendo estas reflexiones sobre el eslogan que nos llegó desde Valencia, y también sobre el que pude leer cerca de mi casa, el pasado 25-N, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres, fui a la manifestación que se celebró en el paseo de Gracia de Barcelona. Allí, oí por primera vez un nuevo eslogan: «Me cuida la vecina, no la policía». En este caso, la dicotomía estaba más clara y era la establecida entre la vecina, por un lado, y la policía por el otro. Y yo, en aquel momento, pensé: pues yo quiero que me cuide la vecina, desde luego, y mi familia, también, pero también quiero que me cuide la policía. ¿Por qué tendríamos que elegir entre una cosa u otra? Por el pensamiento dicotómico, diría Morin.

Tengo que confesar que, todavía a mis setenta años, hago alguna llamada y voy hablando por teléfono si algún día vuelvo a casa después del cine un poco tarde y las estrechas calles del barrio Gótico están muy solitarias. Y esta situación, la de tener que ir agarrada al móvil para no pasar tanto miedo, no deja de tener delito, ¿no? Ahí estoy recibiendo el cuidado de mi pareja, al otro lado de la línea. Pero es que también quiero que me cuide la policía: que defienda mis derechos a caminar por la vida sin miedo, que me escuche con respeto si tengo que poner una denuncia, que proteja a las mujeres amenazadas por sus parejas, o exparejas, y que tienen que acudir a los refugios y los cuidados, siempre escasos, seguro, que todavía nos proporcionan las instituciones regidas por nuestros representantes, cuando nuestros votos van hacia los partidos que se preocupan de estos temas. Una amiga me dijo que la vecina cuida y la policía protege. Y yo pensé que estaba ante otra dicotomía porque, para mí, la protección entraba de lleno en el territorio amable de los cuidados.

Así vemos como, claramente, mientras que las dicotomías nos obligan a elegir entre una cosa u otra, el pensamiento en bucle, que nos propone Morin, nos puede ayudar a comprender cómo unas realidades pueden complementar y alimentar otras. En este caso, las manifestaciones y los votos de la ciudadanía, exigiendo a «los políticos» unas políticas públicas que nos protejan del cambio climático, que lo intenten frenar, que mejoren nuestras vidas como mujeres con derecho a vivir sin miedo, como jóvenes, y no tan jóvenes, que puedan pagar unos alquileres asequibles, etc.

Albert Recio Andreu

Economía y política de la dana

¿Una catástrofe puntual?

La catástrofe que asoló varias comarcas del País Valencià y de Castilla-La Mancha ha sido la más destructiva de los últimos cincuenta años. A ello ha contribuido no sólo un episodio meteorológico especialmente agudo, sino también una suma de actuaciones políticas; estas han sido tanto de largo recorrido (el modelo de desarrollo urbanístico), como coyunturales (la gestión que hizo el Gobierno de Mazón). Ante un drama de tales proporciones, lo racional sería tratar de entender todo el cúmulo de cuestiones que han contribuido a su desenlace. Pero, precisamente porque se trata de una tragedia de dimensiones colosales, se corre el peligro de que se analice como un mero fenómeno individual, la concatenación de una serie de circunstancias y errores que pueden rectificarse y que se evitará que vuelvan a suceder.

Llevamos tiempo experimentando fenómenos climáticos agudos, tanto en forma de olas de calor como de inundaciones o nevadas extremas; pero el núcleo de los debates se centra más en la gestión concreta de cada caso y en el impacto temporal que en un debate de fondo sobre lo que está en el origen de estos desastres repetidos. Y, precisamente, el tamaño desproporcionado de esta tragedia, y la pelea sobre la responsabilidad de la mala gestión, pueden contribuir a reducir el análisis a un hecho puntual y volver a relegar el debate de fondo de cómo encarar la crisis ecológica en ciernes.

Crisis climática y ecológica

El calentamiento global es, sin duda, el causante de los cambios climáticos que generan danas de gran intensidad. Lo llevan prediciendo los modelos climáticos desde hace tiempo (mucho más acertados que los macroeconómicos), y sus previsiones se están cumpliendo. También hay evidencias contundentes sobre el papel de la emisión de gases de efecto invernadero en la generación de la crisis climática. Pero, ni toda la tragedia se explica por el clima, ni la limitación del debate al cambio climático servirá para generar un cambio sustancial en la orientación de la actividad humana.

La dana ha desencadenado un desastre, pero su impacto ha sido mayor por efecto de un modelo de urbanismo y utilización del territorio específico: plagado de redes, densamente urbanizado, y en gran parte asfaltado, que ha potenciado sus efectos. La imagen de miles de coches arrastrados y destruidos por la tormenta podría ser una especie de justicia poética, si no fuera porque hay evidencia de que hubo bastantes fallecidos tratando de salvar sus coches o transitando por carretera (pensando que el vehículo era un espacio seguro). Y, ahora, se plantea el problema derivado del impacto que van a tener los residuos generados por las inundaciones en el medio natural. El impacto global es una combinación de diferentes aspectos de la crisis ecológica: cambio climático, urbanización excesiva, generación de residuos, mal tratamiento del espacio natural...

Plantear la cuestión en estos términos es necesario tanto por cuestiones políticas como prácticas. Reducir la crisis a aspectos climáticos tiene la ventaja que es de fácil comprensión para mucha

gente, pero corre el peligro de reducir el espacio a una cuestión que siempre ha generado problemas. Ya lo recordó hace años Raimon: «Al meu país la pluja no sap ploure». Deja la puerta abierta a los negacionistas, que recuerdan que riadas ha habido siempre. O, dado que a estas alturas la crisis climática parece inevitable, las respuestas se reducen a diseñar formas de protegernos de sus embates. A efectos prácticos, se corre el peligro de que la brutalidad del incidente tenga como respuesta, en una sociedad propensa a reclamar soluciones fáciles y cortoplacistas, una nueva demanda de canalización de afluentes y una reconstrucción que meramente replique lo que ya estaba mal hecho. Y confiar en que no vuelva a suceder gracias a que la próxima vez las autoridades de turno sean más diligentes.

Lo sucedido en esta dana es muy grave. La muerte y la destrucción causan un enorme impacto social. Pero es sólo un impacto local, circunscrito en el espacio. Aunque es también un recordatorio de lo que puede ocurrir en otros países tanto o más expuestos a los efectos del clima y con estructuras públicas mucho más débiles. Y debe también alertar sobre otros efectos tanto o más graves y generales, como puede ser una crisis alimentaria o la propagación de enfermedades de los que ya tenemos experiencias próximas. Es hora de dar una intensa batalla frente al negacionismo ultra y frente a los enormes intereses empresariales que siguen promoviendo un modelo de producción y consumo que conduce a un desastre de incalculables proporciones. Y es una batalla que debe darse tanto el plano de las ideas y las percepciones como en el de las políticas concretas, de cómo organizar la vida, de cómo reconstruir lo destruido, de cómo planificar para hacer frente a los nuevos desastres y minimizarlos. Por eso es también esencial no limitarnos al clima.

El paradójico efecto económico

En el mundo actual, lo que habitualmente genera reacciones de las élites es el impacto que tienen los sucesos en la actividad económica (entendida en términos macroeconómicos o meramente de rentabilidad) y en los procesos electorales. Pareciera que lo ocurrido debe generar un impacto tan importante que afectará a ambas dimensiones. Pero la realidad es más compleja, y posiblemente ambos queden neutralizados.

En el caso de la economía, esto es bastante sencillo de entender. La dana ha provocado una enorme destrucción de patrimonio y de vidas humanas. Mucho de este patrimonio es de personas que han perdido sus hogares y los bienes que cubren sus necesidades cotidianas. En un balance de activos, el impacto negativo es importante. Pero en el del PIB, que mide flujos monetarios de actividad, este queda minimizado. Influye más la actividad que se ha dejado de hacer por empresas que han tenido que parar que la pérdida patrimonial. Y, en un período posterior, el impacto en el PIB de la reconstrucción será positivo, porque toda la actividad reconstructiva genera negocio y producto mercantil. Al fin y al cabo, esta es una variante de «creación destructiva» con la que Schumpeter caracterizó la dinámica de las sociedades capitalistas. La dana ha generado un fuerte sufrimiento social, pero también ha abierto enormes posibilidades de negocio a empresas de construcción y equipamiento, a promotoras inmobiliarias...

Ya estamos observando cómo muchas de las constructoras valencianas implicadas en los diversos casos de corrupción del PP (Gürtel, Taula...) están sacando tajada. Seguramente, no sólo se explica por sus buenas conexiones con el partido, sino también porque forman el pequeño oligopolio local que controla este sector (y que suele asociarse como socio menor en los

grandes proyectos a alguna de las empresas del gran oligopolio estatal). Si, en lugar de Valencia, el desastre hubiera ocurrido en Catalunya (o en otra comunidad), los contratistas locales habrían sido otros, los que forman parte del oligopolio local. Pero, en todo caso, lo sustantivo es que la destrucción, lejos de verse como un elevado coste económico (del que harán frente fundamentalmente los particulares afectados y el sector público), constituye una fuente de nuevos negocios. Otra cosa es que los efectos a largo plazo del cambio climático, como la previsible subida del nivel del mar, se lleven por delante líneas enteras de actividad, como el turismo, o destruyan una parte de la producción agraria. Pero los sucesos puntuales acaban siendo, más bien, acicates a nuevos crecimientos del PIB.

Y el impredecible impacto político

Una persona sin prejuicios previos esperaría que la gestión de un suceso como este debería generar un enorme castigo a quien hubiera llevado una mala gestión del caso. Es decir, en este caso, Mazón y su *troupe*. Pero la política actual muestra que esto pocas veces ocurre. En el caso de la derecha española, su mala gestión de las grandes tragedias es endémica: el caso del aceite de colza, el *Prestige*, el 11-M, el metro de Valencia, la COVID en Madrid. El caso de la derecha española no es aislado; ejemplos como el Katrina en Nueva Orleans, o la gestión de la COVID realizada por los gobiernos de Trump y Bolsonaro, indican que la única gestión que de verdad preocupa a la gente rica es la de su patrimonio. Pero, en ninguno de los casos precedentes, les ha pasado una gran factura (excepto el 11-M, pero en este caso el Gobierno de Aznar llegaba muy desgastado, y ya existían encuestas en los días previos al atentado que apuntaban a un posible vuelco electoral). El tema de fondo es en qué medida la población efectúa una valoración imparcial del comportamiento, o si en las decisiones de voto influyen más otros muchos factores: una lealtad básica a unas fuerzas, elementos emocionales, dar mayor valor a unas cuestiones que a otras... El terremoto electoral de las elecciones autonómicas y municipales de 2023, por ejemplo, no puede explicarse como una respuesta a una mala gestión.

La derecha cuenta con enorme experiencia y medios para generar confusión, activar emociones y apelar a respuestas autoritarias camufladas de eficiencia. La elección de un general ultra para dirigir la reconstrucción tiene mucho de simbólico y de amenaza democrática. De hecho, el debate que pretendió Feijóo estaba basado en que el Gobierno central no tomó las riendas de inmediato. Es un truco de fullero, pues esto hubiera supuesto aplicar una especie de 155 que inmediatamente el PP habría tildado de golpe de Estado. Pero, además de constituir una cortina de humo para tapar a Mazón y los suyos, puede que sea una premonición de una política recentralizadora (que puede ganar credibilidad social) si consiguen llegar al Gobierno.

... ¿o un preludeo?

Mucho de lo ocurrido estos días puede ser sólo un preludeo. En primer lugar, es un ejemplo extremo de lo que representa la crisis ecológica. Desastres parecidos suceden en otras partes del planeta con bastante frecuencia. Son destrucciones locales, pero empiezan a ser acumulativas. Quizá porque solo son locales impiden una toma de conciencia global. Es dudoso que pueda desarrollarse un «populismo ecológico», porque lo que supone un giro ecológico impacta sobre el modelo de buena vida que la gente toma como referencia. En segundo lugar, prefigura algo que ya sabemos por otros casos: cuando se produce la catástrofe, no siempre la respuesta política es la adecuada. Una sociedad montada sobre una dinámica competitiva está mal preparada para

responder con presteza y eficacia. Y hay más respuestas orientadas a quitarse responsabilidades que a actuar cooperativamente. Y, tercero y más importante, la cooperación social; la respuesta colectiva es esencial para prevenir y para reparar, también para hacer frente a los discursos de irracionalidad y odio que expande la extrema derecha. La única forma de combatir este discurso a la vez autoritario y destructor de lo colectivo es contar con procesos comunitarios sólidos que desarrollen a la vez solidaridad, resistencia y racionalidad. Generar estas redes sociales sólo se puede hacer estando en los sitios. Siempre ha sido necesario, ahora es urgente.

Marcos López Bausan

Una generación en crisis: entre la resignación y la rebeldía

Socialización política: 1

El Intermedio llama a La revuelta

En mientras tanto nos faltan jóvenes. Los estamos esperando, pero tardan en llegar. Ese mientras tanto... se prolonga en demasía y no queremos que se alargue más. Esa carencia generacional nos ha impulsado a abrir un buzón de cartas, una sección de notas breves en la que nos cuenten sus experiencias y esperanzas. Empezamos en este número con la pieza de Marcos López y confiamos que otros se animen a participar.

Son jóvenes, sin ninguna duda, la generación Z situada entre los 18 y los 27 años. Pero la esperanza de vida ha aumentado tanto que los millennials (28-43 años) serán muy bienvenidos. Hoy la esperanza de vida está en los 84 años, así que con esas dos generaciones prácticamente partimos en dos la pirámide de edad. Los miembros de esta revista minoritaria, que es mientras tanto, tenemos ganas de aprender y de que nos digáis que es lo que no vemos y que estamos haciendo mal. Queremos que esta sea una revista de pensamiento y de agitación multigeneracional.

Las encuestas nos muestran que a los jóvenes de las generaciones Z e Y les preocupan sobremanera la precariedad laboral y el precio de la vivienda. De buena nos libramos los viejunos de más de sesenta, es decir, la generación de los baby boomers. Pero también sabemos que pese a tener más estudios que vuestros padres tenéis menos oportunidades de alcanzar un salario digno, de independizaros y, si fuera vuestro deseo, de formar una familia. Una sociedad que se resigna a que los hijos vivan peor que los padres no es feliz.

Tenemos bien presente que la política os interesa menos que a nosotros, ávidos, como estábamos, de quitarnos de encima a la dictadura. No nos extraña que confiéis muy poco en los partidos políticos y en los medios de comunicación convencionales. Ni que las redes sociales influyan más en vuestras opiniones políticas que los amigos y familiares. A los millennials les atrae más la figura de la candidata o candidato que a la generación Z. Nos queda claro que hay diferencias entre las dos generaciones.

No tenemos por costumbre regalar el oído, así que a los boomers y X de mientras tanto nos gustaría saber por qué la homofobia y la xenofobia tienen una cabida tan amplia en vuestro entorno cercano. Lo que nos deja perplejos es que en ese mismo círculo de amistad sois capaces de emparejaros con una persona inmigrante y de conservar al amigo de la infancia que ha salido del armario. Una última pregunta es la preferencia de la generación millennial por los mensajes de Vox. El voto a ese partido duplica el destinado al Partido Popular, triplica al que se dirige a Sumar y supera de largo el otorgado al PSOE.

Quizás estemos equivocados por fiarnos de las encuestas. Declaramos que, aunque nos fijamos en ellas, preferimos aprender de vuestras experiencias. Ponedlas por escrito porque mientras

tanto es una revista que ama las palabras y más aún si estas brotan de la acción colectiva. Somos, por así decirlo, del Intermedio, pero queremos conectar con La revuelta. Marcos habla de rebeldía y nosotros, derrotados, pero no resignados, necesitamos de vuestro talento y energía para construir una sociedad emancipada.

La Redacción de *mientras tanto*

* * *

Una generación en crisis: entre la resignación y la rebeldía

Hablar sobre la socialización política de mi generación me requirió unos días de reflexión acerca de cómo enfocar el tema. Se puede hacer desde el punto de vista personal de un joven de 20 años que socializa con sus amistades, y que intenta analizar cómo se relaciona cada una, cómo entiende el mundo y cómo se proyecta hacia él. Otra opción era tratar de hacer un análisis un poco más objetivo, utilizando los conceptos y los conocimientos adquiridos a lo largo de mi etapa universitaria. Decidí que lo más adecuado sería empezar hablando de mí, de mi socialización, y usar este ejemplo como introducción.

Lo cierto es que mi socialización primaria no está especialmente marcada por la transmisión de una ideología ni de un mensaje político. Provengo de una familia de eso que muchos se atreverían a llamar 'clase media', de padre oficinista y madre que acumula trabajos precarios en el tercer sector con jornadas reducidas para que le cuadrasen los horarios de conciliación con los niños. Ninguno de ellos en profesiones de esas que se llaman liberales, como periodistas y profesores, a quienes se asocia con un alto nivel de politización. Una 'clase media', sin embargo, que se ha encargado de transmitirnos unos valores fuertes, y que han influido, seguro, en mi formación académica e ideológica; una familia común, como cualquier otra.

Mi socialización secundaria viene influida por multitud de agentes. Más allá de las amistades, con las que intercambias los valores adquiridos en la socialización primaria, quiero destacar la influencia de esos referentes que se buscan más allá de las paredes de casa, en internet o televisión. Referentes como youtubers, streamers o influencers que hablan de temas que te gustan y que llegan a ocupar horas de conversaciones. De ellos asumías un mensaje cargado también de valores, que podían parecerse a los que traías de casa o ser todo lo contrario.

Superada esta etapa, accedo a la Universidad y unos meses después comienzo a trabajar los fines de semana en un supermercado. Empiezo a formar parte de dos mundos aparentemente muy distintos, el académico y el del trabajo manual. Movidio por lo que unos llamarían ideología, otros lucha de clases o de intereses, y otros más sencillamente ingenuidad —en cualquier caso, movido por mis valores—; y movido también por el romanticismo de lo que ello simboliza, me afilio en CCOO y poco después soy elegido delegado sindical en mis primeras elecciones con derecho a voto. Siendo consciente de la resignación que envolvía el día a día de las personas que me rodeaban, de la apatía con la que trabajaban, no quería sino poner mi granito de arena, cometer un pequeño acto de rebeldía.

Esta decisión chocó de diferentes modos con mi entorno. En mi entorno laboral chocó, por un lado, la posibilidad de que un joven que venía a echar horas los fines de semana porque entre semana estudiaba —un joven entre tantos otros en idéntica situación que habían pasado por esa

tienda—, pudiese llegar a tener ese nivel de implicación; por otro lado, en mi entorno sindical chocó la diferencia de edad y de género con respecto al resto de las integrantes del comité: era el único hombre y menor de 40 años. En mi entorno familiar, que respaldó totalmente mi decisión, la sensación era más bien de incredulidad ante la incertidumbre de no saber de dónde habría salido esa vena reivindicativa, rebelde. En mi entorno social, con mis amistades, fue donde me encontré una gran mayoría que no sabía qué era eso, qué era lo que hacía, y para qué servía. Me di cuenta de que me encontraba con una generación profundamente apolitizada, desmovilizada. Una generación cuyos valores, adquiridos en el conjunto de sus etapas, ya no entendía de luchas comunes.

En mi día a día de trabajo, esto se tradujo en un cambio de relación con mis jefas. Les costó entender que una persona insultantemente joven fuese la encargada de reclamar lo acordado, de ponerles sobre la mesa todo lo que se incumplía puntual o sistemáticamente; les costaba entender que ese joven que venía los fines de semana, siempre muy educado y sonriente, fuese capaz de luchar con esa vehemencia por el cumplimiento de aquello que estaba escrito sobre el papel; les costaba entender de dónde sacaba esa rebeldía. Contaba con esa incredulidad, y entendí la necesidad de adaptación durante los primeros meses.

Con lo que no contaba fue con el nivel de confrontación al que estaban dispuestas a llegar, incluso para asuntos que en otros sectores laborales están más que asumidos; asuntos de los que deberían sonrojarse solo por el mero hecho de discutirlos. No logré entender cómo podían ser capaces de discutirme que no se hiciesen jornadas de más de ocho horas al día en los momentos de más faena, que los horarios debían ser avisados con tres semanas de antelación para posibilitar la conciliación, o que no podían obligar a nadie a venir unas horas por la tarde o a trabajar en secciones de la tienda para las que no se tenía la formación necesaria. No fui capaz de entender que se discutiesen las horas o los días de permisos por motivos médicos o por circunstancias familiares. No llegaré a entender nunca el nivel de persecución al que me intentaron someter, buscando por la tienda chivatos que me sacaran información, o echándome en cara los minutos de trabajo que invertía en explicar a mis compañeras los asuntos que teníamos en esos momentos sobre la mesa; minutos que estaba dejando de trabajar.

Mi objetivo es, a partir de aquí, tratar de exponer la importancia de la rebeldía que he desarrollado a lo largo de esta introducción, y la dificultad que supone en un momento como el actual intentar ser rebelde. Para ello, es preciso hacer antes hincapié en la idea de los valores como punto de partida. Valores que me he encargado de presentar en mi proceso de socialización a modo de ejemplo, pero que están presentes en la socialización primaria y secundaria de todas y todos; valores que se adquieren en la cotidianidad de una casa, colegio, barrio, universidad o centro de trabajo, y que te llevan a ser quien eres; valores como el elemento de mayor impacto de transmisión intergeneracional. Hasta hace unos años, se podía asumir que estos valores tenían un denominador común, que era la transformación en un voto, en una identificación partidista o, como mínimo, en un posicionamiento en el eje izquierda-derecha —o en el eje de sentimiento de pertenencia nacional—. Se adquirían en un entorno parecido, con gente que estudiaba lo mismo que tú, que se dedicaba a lo mismo que tú y que tenía el mismo nivel socioeconómico que tú.

Si siempre ha sido así, ¿qué diferencia hay en mi generación con respecto a las anteriores? Habrá muchas, pero la más importante son las redes sociales, que han desdibujado dicho modelo

—pese a que seguramente se empezase a difuminar, en menor medida, hace ya algunos años con la aparición de la TV por cable o de internet—. Por supuesto que la transmisión intergeneracional de valores sigue influyendo, pero con un peso menor. La edad en que se empieza a desarrollar una visión del mundo y una conciencia política ya no está únicamente marcada por esa pequeña burbuja; también lo está por la globalidad de todo lo consumido digitalmente. Los *youtubers* son el ejemplo perfecto: millonarios con una cantidad abrumadora de seguidores detrás, jóvenes y niños, que los defenderán cuando vayan a Andorra para ahorrarse dinero en impuestos. Un discurso seguramente antagónico al que oiría ese adolescente en su casa; un choque de valores. Un discurso totalizador, barnizado de rebelde pero antitético de la auténtica rebeldía.

Sabemos que en internet abundan mensajes profundamente individualistas, como el caso anteriormente citado, pero también machistas, racistas, homófobos, capacitistas o clasistas en otros: personas de muy alto poder adquisitivo (en su práctica totalidad, heredado) que se presentan como modelo a seguir y que dan lecciones de vida y de meritocracia, despreciando a todo el que no viva como ellos o ellas; *influencers* de extrema derecha que comentan la actualidad política y mediática, difundiendo bulos y propagando odio; o *gurús* que piden dinero a cambio de trucos para invertir en criptomonedas, muscularse en el gimnasio o ser el hombre proveedor que toda mujer anhela.

Asumiendo que la socialización intergeneracional influye en los valores, debemos asumir que los mensajes que se vuelven hegemónicos en el mundo digital lo hacen también. Mensajes favorecidos por un algoritmo que en ningún caso va a propiciar la concienciación política o la emancipación efectiva del ser humano con respecto a su trabajo, sino todo lo contrario. Mensajes que propugnan la resignación, la alienación, y que suponen un choque entre el relato que algunos jóvenes defienden y la realidad que viven —vuelve a venir como anillo al dedo el ejemplo de los adolescentes y los *youtubers*—. Una realidad paralela que, en vez de estar marcada por los elevados precios de la vivienda, la creciente militarización del territorio europeo o las atrocidades que se están cometiendo en territorios como Gaza o Cisjordania, está marcada por la obsesión por triunfar invirtiendo en criptomonedas, trabajando más horas de las que te pagan o poniéndote muy fuerte.

Todavía hoy podría verse esto como el resultado de la clase dominante ejerciendo su poder, pero no a través de los medios que Gramsci describía, sino a través de las redes, de un algoritmo. Mientras tanto, la sociedad civil desorganizada, apolitizada. Resignada. Habiendo renunciado a la lucha por la ‘hegemonía cultural’ que debía servir para tomar el poder; habiendo renunciado a la rebeldía. Sectores que han entendido mejor a Gramsci que el conjunto de la sociedad —nos podríamos preguntar por qué no interesa que el grueso social sepa siquiera de la existencia de Gramsci— hablan de que dan la batalla cultural; pues bien, la van ganando. De vuelta, el adolescente defendiendo al millonario nos da la razón; la hegemonía cultural es suya.

No escribo ajeno a mi propia socialización, a mi generación, por mucho que haya intentado tomar distancia en el escrito. Hablo, escucho, discuto y trato de convencer de mi punto de vista. Sigo poniendo mi pequeño granito de arena allí donde puedo; sigo tratando de ser rebelde. Ante un diagnóstico pesimista, la rebeldía es, más que nunca, esta lucha por la hegemonía cultural. Para terminar con un ejemplo, más allá de los enfrentamientos con representantes de la empresa, uno de los mayores problemas que tuve como delegado era la falta de interés —e incluso de apoyo—

que me encontraba por parte de la plantilla. Era el relato, era la hegemonía cultural. Personas con valores parecidos a los míos —y exactamente los mismos intereses que los míos— defendiendo los intereses opuestos.

Es, por tanto, un contexto más complejo que nunca para politizarse, para rebelarse; para luchar contra los elementos totalizadores de la mente humana a los que no les interesa la libertad de pensamiento ni la concienciación. Un contexto en el que nos encontramos una mayoría social perdida, abrumada por la cantidad de información —y de desinformación— y de estímulos que recibe a diario, y que, ante la dificultad de gestionarlos, decide darse por vencida. Que vive en una realidad precarizada, donde el acceso a la vivienda es cada vez más ilusorio, donde sigue siquiera sin garantizarse el pleno empleo y donde los discursos de odio siguen ocupando gran parte de los espacios públicos. Una mayoría generacional que, dadas las circunstancias, no solo no puede permitirse actos de rebeldía por miedo a perder su empleo o a no poder pagar el alquiler; sino que, además, ha renunciado a ello. Una mayoría generacional que no sabe para qué sirve un sindicato, o incluso que defiende que eso no sirve para nada. Una mayoría generacional que, llegado el momento, va a tener que decidir qué camino tomar: el de la resignación o el de la rebeldía.

Antonio Giménez Merino

25-N: la inutilidad de la represión penal frente a la violencia patriarcal

El 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, registró una vez más amplias movilizaciones por todo el país, en un contexto en que la opinión pública sigue poniendo el foco sobre las violencias sexuales. Lo cierto es que éstas, a pesar del conjunto de reformas penológicas que se han dado para abordarlas, no remiten, lo cual invita justamente a reflexionar en términos críticos sobre la eficacia de esta orientación punitiva como piedra angular de las políticas públicas.

En los campos político, institucional, mediático y de los propios movimientos sociales viene produciéndose hace tiempo una retroalimentación en torno a la solución penal. Así se vio con la conmoción general que produjo la revisión de sentencias condenatorias tras la rebaja de las penas mínimas establecida en la Ley de garantía integral de la libertad sexual, lo que provocó su ulterior reforma. Significativamente, se pasó por alto, en cambio, que la rebaja de las penas mínimas abría un campo para que los agresores busquen la reparación de las violencias sexuales como fórmula para llegar a juicios de conformidad, incrementando así el poder de las mujeres en los procesos judiciales.

No faltan sin embargo voces críticas con la orientación criminológica dominante que se está dando sobre un mal social cuya raíz es profunda y su casuística mucho más amplia que las agresiones sexuales.

Así, este 25-N también se denunciaron otras violencias no tan destacadas en la opinión pública, a pesar de su importancia, como las que padecen los cuerpos de las mujeres en trabajos esenciales como los cuidados de personas y el trabajo del hogar (véase, por ejemplo, el [Manifiesto de la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía](#)). Nos referimos pues a mujeres sometidas a una gran presión laboral (donde no son extrañas las agresiones sexuales) fruto de su situación socioeconómica, su origen y situación administrativa o su raza. El despliegue de la violencia patriarcal, por tanto, no puede captarse en su amplitud sin un análisis simultáneo de otros factores que interactúan con ella, como se reclama desde el enfoque interseccional de estos asuntos —que no sólo conciernen, por lo demás, a las mujeres heterosexuales—.

Hay muchos motivos para proceder a una revisión profunda de la solución penológica. Resulta inútil para remover la reproducción desigual de roles que inferiorizan a la mujer y están en la fuente de las violencias. Sitúa a la persona violentada en un contexto revictimizador, en la medida en que la «verdad judicial» hace desaparecer los elementos habituales que han conducido a la situación concreta que se juzga, comprimiendo la realidad de la víctima a los elementos concretos encausados. Promueve un sentimiento de persecución no sólo en el victimario, sino en su entorno, dificultando un diálogo social sobre estas cuestiones que permita a los varones sentirse verdaderamente concernidos (las condenas por violencia machista son hoy la tercera causa de ingreso en prisión, según Instituciones Penitenciarias). Trata por igual a todas las víctimas, haciendo abstracción del grado de empoderamiento de cada una (si ha conseguido o no salir del *círculo de coacción* de su maltratador). E impide la mediación y la conciliación

(expresamente excluidas en la leyes contra la violencia de género de 2004 y en la del 'solo sí es sí' de 2022), evitando explorar el encaje entre las necesidades de la víctima dentro de un espacio distinto al penológico.

En este contexto crítico, tiene un valor particular la crítica formulada desde el propio ámbito penal por la magistrada de la Audiencia de Barcelona Carme Guil, presidenta de la sección española del Grupo Europeo de Magistrados por la Mediación ([GEMME](#)). [El principal motivo de preocupación de esta jueza](#) es que la solución punitiva ahoga la voz tanto de la víctima como de los implicados en el delito, lo que impide formular soluciones tendentes a reparar el daño causado y alcanzar, si ello es posible, un acuerdo. En la cabeza de esta magistrada está la puesta en práctica de soluciones restaurativas que atiendan a las necesidades concretas de la persona (a través de lo que llama «espacios de escucha activa»), como por lo demás reclama la propia Ley 4/2015 del Estatuto de la víctima del delito. En otras palabras, *que ésta pueda ser escuchada y hablar*.

Este punto de vista es sensible a las consecuencias indeseadas de la perspectiva punitiva dominante. Dar voz a las personas violentadas, así como introducir mecanismos de intervención con hombres penados por este tipo de delitos con el fin de evitar la reincidencia (como el Programa Contra la Agresión Sexual (PCAS) o el Programa PRIA de intervención psicosocial en violencia de género, con buenas tasas de éxito: vid. [Redondo y Mangot, 2017](#)), significa, por un lado, abandonar la estigmatizadora condición de «víctima» y, por otro, trabajar activamente en la prevención de nuevos delitos. Guil, además, pone el acento en la necesidad de dirigirse a la comunidad que ha hecho posible o ha permitido el daño (a través por ejemplo de «círculos de diálogo» con las personas cercanas a los agresores, para reflejar que es la sociedad en conjunto, y no sólo las víctimas concretas, la que se ve interpelada por este tipo de delitos).

Estas preocupaciones conectan con una [corriente creciente en torno a la necesidad de una participación activa de los varones](#) en la erradicación de la violencia machista, para lo cual es preciso que éstos se vean interpelados por las políticas de género. Una respuesta a ello nos la ofrecen los grupos de hombres igualitarios, que exteriorizan positivamente este llamamiento el 21 de Octubre. La presencia de estos grupos por el país es cada vez más consistente, aunque siguen siendo vistos como un mero apoyo a la causa principal de las mujeres sin percibirse que, detrás de ellos, hay un compromiso personal de cambio plasmada en la búsqueda de una alternativa al patriarcalismo que envuelva, en primera línea, a los propios hombres.

Ideas como la «tolerancia cero» frente al violento, basadas —muchas veces de manera inconsciente— en la idea antigarantista de peligrosidad social, victimizan a una parte de la sociedad, alejan a la otra de la comprensión sobre el carácter relacional de la violencia, y nos alejan de perspectivas alternativas deseables, como una mayor inversión en la asistencia social a víctimas y victimarios o en tan necesaria educación sexual preventiva de estos problemas.

Ensayo

Antonio Antón

La incertidumbre de las izquierdas

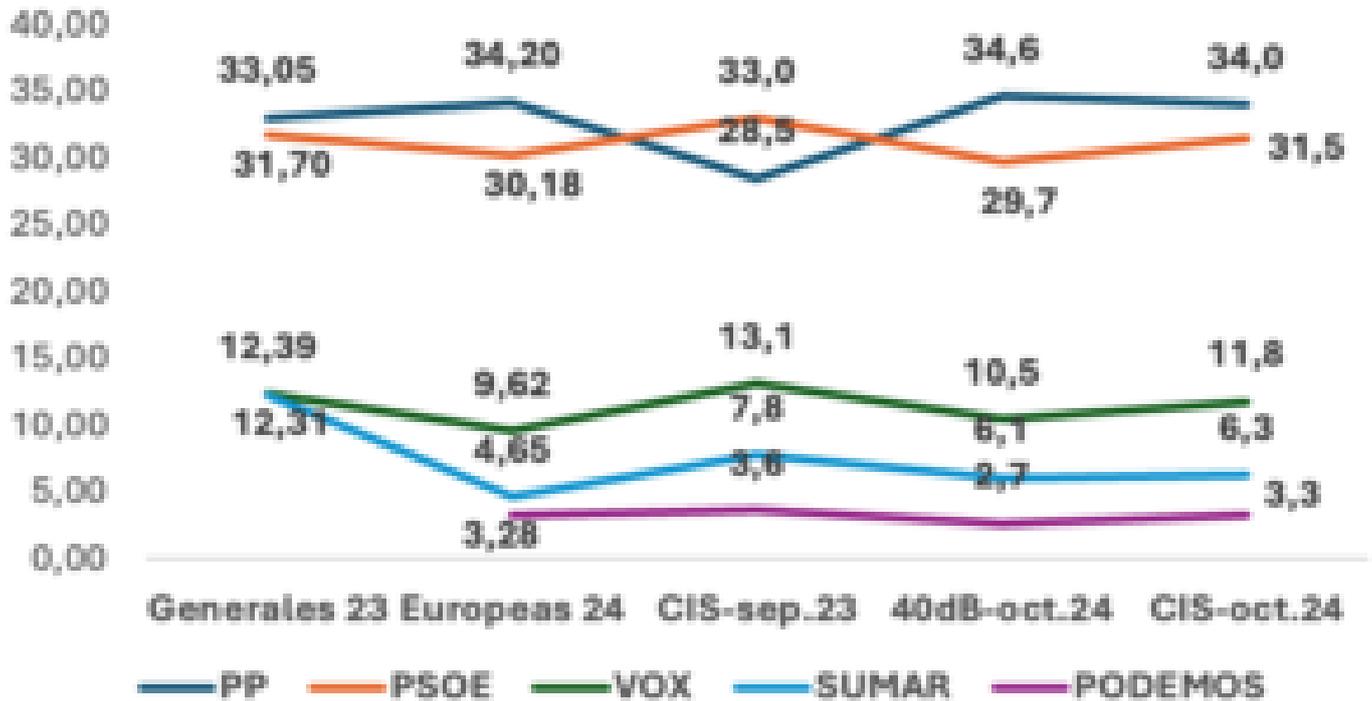
Acaba de publicarse el Barómetro del CIS de octubre de 2024, con la estimación de voto para unas elecciones generales. Estamos todavía lejos de la convocatoria de unas elecciones parlamentarias que tocan para el año 2027, pero conviene tener en cuenta las tendencias socioelectorales que se van conformando y que explican la legitimidad pública de los distintos actores políticos y el sentido de sus estrategias.

Junto con el estancamiento reformador progresista, las perspectivas políticas son problemáticas para las izquierdas, con la desilusión de sus bases sociales y, particularmente, deriva del debilitamiento y la división de la izquierda transformadora. La dinámica sociopolítica es incierta y el riesgo resultante es la dificultad de la reedición de un acuerdo parlamentario y gubernamental que permita continuar con un avance democrático y de progreso.

A ello se añade el impacto del caso de la dimisión del portavoz parlamentario y referente político de Sumar y Más Madrid, Íñigo Errejón, por su admitido comportamiento machista y las acusaciones de violencia sexual, con su influencia en la credibilidad transformadora y feminista de esas formaciones y su previsible reflejo electoral negativo si no hay una respuesta global adecuada y convincente.

Vayamos a los datos. En el gráfico adjunto expongo la evolución del voto de las principales fuerzas políticas estatales. Parto de los resultados de las elecciones generales del 23 de julio de 2023 y las europeas de junio de 2024, y los comparo con los datos del CIS, de septiembre y octubre de 2024 y de la agencia de investigación 40dB, de octubre. Por otra parte, es importante su traducción en escaños para valorar la composición parlamentaria y las opciones de gobernabilidad, para lo que utilizo distintas fuentes demoscópicas (entre ellas la de KEY DATA, *Público*, 21/9/2024).

Evolución del voto estatal (%) sobre voto válido



Fuente: INE, CIS y 40dB (con elaboración propia)

Es posible destacar un doble fenómeno. Uno, la relativa estabilidad del voto a las dos grandes formaciones, Partido Popular (34%, con unos 153 escaños) y Partido Socialista (31,5%, con unos 125 escaños), que mantienen sus porcentajes con una ligera ventaja para el PP (salvo el CIS de septiembre, que daba ganador al PSOE), junto con el ligero descenso de VOX (11,8% y 25 escaños).

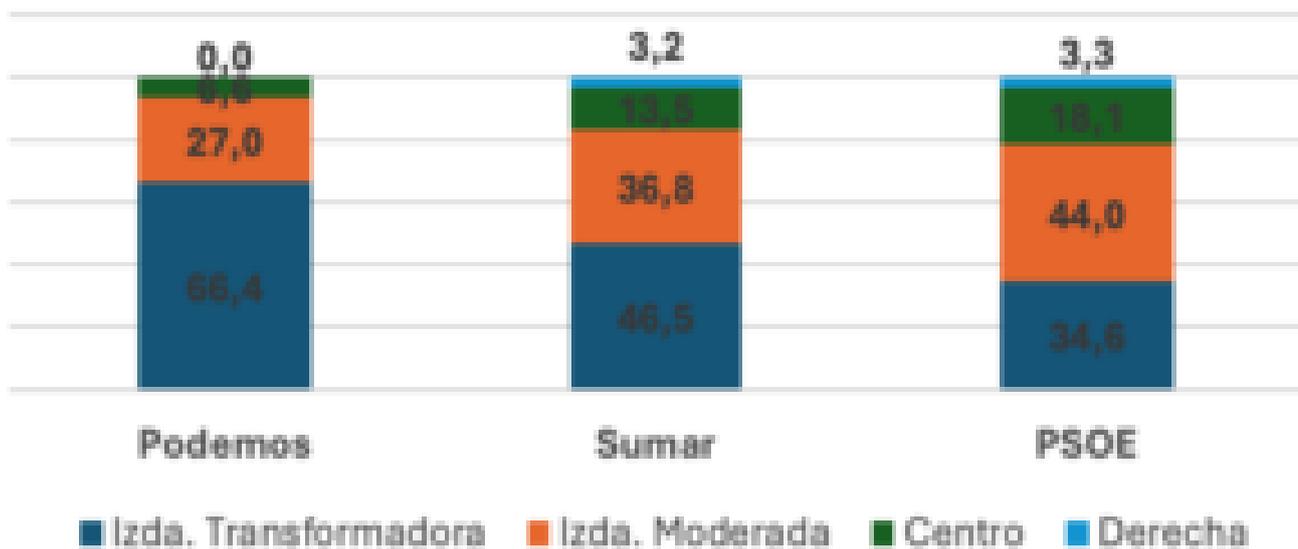
Dos, el descenso significativo del voto conjunto a la izquierda del Partido Socialista, Sumar y Podemos, que alcanzaron de forma unitaria el 12,3% el 23J y, tras el proceso controvertido en su relación y su división posterior, su electorado conjunto se reduce una quinta parte, hasta el 9,6% (6,3% + 3,3%, respectivamente), en dirección hacia el PSOE, las izquierdas nacionalistas y la abstención. La proporción aproximada entre Sumar/Podemos es de dos a uno (salvo en las europeas, cuya distancia es menor), aunque algunos estudios recientes, tras el 'caso Errejón', pronostican un declive mayor de Sumar y un ligero ascenso de Podemos. En todo caso, se produciría una disminución significativa del acceso a su representación parlamentaria, en torno a la mitad de los 31 escaños conseguidos en esas elecciones generales. Así, siguiendo la media de esas encuestas, presentándose por separado obtendrían entre 13 (10 + 3) y 15 escaños (12 + 3).

Con esta dinámica político-electoral, que se está prefigurando durante más de un año y si no se modifica a gran escala, aparece en el horizonte un impacto institucional evidente: no se podría reeditar un gobierno de coalición progresista, aun con los apoyos de las izquierdas nacionalistas (ERC, EH-Bildu y BNG), que suman el 3,3% y 15 escaños, y las derechas nacionalistas (Junts, PNV, CC), que alcanzan el 2,5% y 14 escaños, y habría un Ejecutivo de las derechas (PP y VOX,

y sin necesidad de SALT), con mayoría absoluta (178 escaños).

Ello contrasta con la persistencia de una mayoría social de izquierdas desde el punto de vista de la autoubicación ideológica de la población en ese eje izquierda/derecha. Constituye una amplia base social que permitiría frenar la ofensiva derechista y garantizar unas políticas de progreso. Pero el acceso a los escaños y la gobernanza están condicionados por la normativa electoral, que perjudica a las minorías, especialmente en el caso de su fragmentación, como sucede con Sumar/Podemos. Así, las diferencias existentes entre sus dirigencias impiden —de momento— su articulación unitaria, a pesar de que sus bases sociales son similares por su actitud ideológica, aun con algunos matices.

Composición ideológica de las bases sociales de las izquierdas (%)



Fuente: 40dB – Barómetro de octubre 2024 (con elaboración propia)

En el gráfico adjunto, con datos de 40dB, expongo la composición ideológica de las bases sociales de las izquierdas estatales, en el eje izquierda/derecha, considerando la población que expresa su simpatía política (no su voto, ya que una parte —en torno al 30% en unas elecciones generales—, se abstiene) con un total de 8,5 millones de personas que prefieren al PSOE y 3,2 millones a su izquierda, con una distribución del 42% para Podemos y 58% para Sumar.

El grueso de los tres campos sociopolíticos se autodefine de izquierdas (93,4% en Podemos, 83,3% en Sumar y 78,6% en el PSOE); en los dos primeros son mayoría los individuos que se autoubican en la izquierda transformadora, aunque éstos tienen más peso comparativo en Podemos respecto de Sumar, donde hay mayor representatividad entre la izquierda moderada y el centro y la derecha, y a diferencia del PSOE, donde también tienen mayoría las personas definidas de izquierda moderada. No obstante, en términos absolutos, todavía simpatizan con el Partido Socialista casi el doble de personas (62,4%), que se perciben de izquierda

transformadora, respecto de las que se inclinan por las formaciones a su izquierda (19,3% para Podemos + 13,1% para Sumar).

Este es el campo ideológico en el que se establece la pugna político-ideológica para aproximar y desplazar los segmentos más afines con sus estrategias políticas y conformar los respectivos espacios político-electorales. Además, intervienen otros ejes ideológicos (étnico-nacional, sexo-género...), así como la credibilidad transformadora, ética y democrática de su representación política e institucional.

Por tanto, los obstáculos para la colaboración de las izquierdas políticas en la acción política y la conformación de acuerdos y proyectos transformadores y de gobernabilidad no vienen derivados de la diferenciación político-ideológica de sus respectivas bases sociales y electorales. Están condicionados por las distintas estrategias, así como por los intereses corporativos y la (in)capacidad de articulación pluralista y unitaria de sus grupos dirigentes. Además, está por ver el impacto socioelectoral en Sumar/Más Madrid del 'caso Errejón' y el alcance de su proceso de reestructuración orgánica y política.

El carácter ambivalente del Partido Socialista

El impacto de la debilidad y la división de la izquierda transformadora en la gobernabilidad del país y su sentido también afecta al propio Partido Socialista. Su estrategia tiene un carácter doble: por un lado, dependiente de su vinculación con los poderes fácticos, con políticas centristas o de derechas, y por otro lado, necesitado de mantener una representación mayoritaria, con reformas progresistas y acuerdos con sus izquierdas y los sectores nacionalistas.

En las dos últimas décadas ha ido dando bandazos desde una gestión dominante a otra: las dos legislaturas contrapuestas de Rodríguez Zapatero, la primera (2004/2008) de expansión de los derechos civiles, y la segunda (2008/2011) de aplicación prepotente de las políticas de austeridad ante la crisis socioeconómica; sigue la crisis socialista de desafección cívica, con continuismo institucional y centrismo político hasta la moción de censura al gobierno de derechas (2018), con cierto giro regenerador y de izquierda del sanchismo (hasta 2023), con alianzas con su izquierda y la plurinacionalidad, hasta el momento actual con cierto bloqueo y sus ambivalentes tendencias, entre centristas y su vinculación con los poderes fácticos y su dependencia parlamentaria con las izquierdas y grupos nacionalistas.

Dentro de su pragmatismo hegemónico y de relativa confrontación con la derecha política, el sanchismo trata de ampliar su base electoral por su derecha y por su izquierda; en este caso a costa del electorado de Sumar y antes de Unidas Podemos, del que ya ha conseguido cerca de dos millones de votantes; pero ese proceso de absorción se ha ralentizado.

Su expectativa puede ser ir incrementando ese desplazamiento, aprovechando e impulsando el desgaste de Sumar, pero es dudoso que en este plazo inmediato hasta las elecciones generales sea suficiente para alcanzar una mayoría parlamentaria en solitario frente a las derechas.

El presidente Sánchez también es realista y para su gobernabilidad, en esa etapa, necesita un espacio a su izquierda con una representatividad significativa —cerca a los 31 escaños actuales—. Pero con dos condiciones que han presidido su posición hegemónica estos años.

Una, la imposición de una estrategia moderada y subordinada a sus propios intereses en la relación de conveniencia con los poderes establecidos —incluido la OTAN y la UE o la judicatura y el poder empresarial—, con contención de las presiones por la izquierda —y el nacionalismo periférico— o por los movimientos sociales progresistas.

Otra, la prevalencia política y orgánica de un liderazgo moderado y afín en el conjunto de ese espacio alternativo —que representa Yolanda Díaz/Ernest Urtasun/Mónica García y, hasta ahora, Íñigo Errejón—, con una Izquierda Unida contenida y con un Podemos subalterno pero que, al mantener un nicho electoral propio, sume en un campo electoral unitario para superar la constricción del sistema electoral. Su temor, por tanto, es a que se ‘descontrole’ la dinámica por la izquierda y/o por la plurinacionalidad, taponando las grietas de descontento con políticas sociales y democratizadoras mínimas y según la capacidad de presión ciudadana, los condicionamientos fácticos y los equilibrios de su gobernabilidad.

La dirección socialista necesita que Sumar, como coalición, remonte algo su intención de voto y apañe un acuerdo con Podemos con un paraguas electoral compartido. Pero no parece que esté por colaborar en ello con un cierto giro sustantivo hacia la izquierda que le dé a Sumar un mayor oxígeno público, por ejemplo, con una reforma fiscal, social y laboral significativa, y suavice sus diferencias con Podemos. No quiere tensiones excesivas con los grupos políticos y fácticos a su derecha. Y ello mientras no vengán por el horizonte nubarrones socioeconómicos regresivos o imperativos geopolíticos autoritarios, como es la permisividad con el genocidio del Gobierno israelí.

El margen de maniobra socialista es escaso. Necesitaría un liderazgo con firmeza reformadora progresista y valor democrático, con la mirada a medio plazo. Pero ese escenario solo se concretaría bajo una dinámica de fortalecimiento unitario de la izquierda transformadora, Sumar/Podemos, y las izquierdas nacionalistas, junto con una amplia activación cívica y popular.

La excepcionalidad socialdemócrata en España está pendiente de confirmarse en la próxima etapa. Y, también, la consolidación —o no— de una potente izquierda alternativa, junto con la perspectiva de una senda de progreso para la sociedad. Las izquierdas, incluidas las nacionalistas, están en una encrucijada de caminos. La victoria de las derechas no es inevitable. La mayoría ciudadana necesita una trayectoria democratizadora y de reforma social. Las izquierdas deben estar a la altura de su contrato social.

La división y la impotencia de las dirigencias alternativas

El último barómetro del CIS de octubre, tal como comentamos antes, confirma la tendencia electoral descendente de Sumar (6,3%) y la representatividad limitada de Podemos (3,3%). Lo peor es que, en caso de ir por separado a unas elecciones generales, todavía lejanas hasta 2027, su traducción en escaños se ve penalizada con una reducción a la mitad: desde los 31 actuales pasarían a 10 (o 12) para Sumar y 3 para Podemos, afectando a la gobernabilidad progresista.

A ello hay que sumar el negativo impacto político-electoral, en particular para los núcleos dirigentes de Más Madrid y Movimiento Sumar, por el descrédito derivado del caso de Íñigo Errejón, dimitido ante las acusaciones de violencia machista. El futuro es incierto para la izquierda alternativa y afecta especialmente a la legitimidad de su dirigencia. Veamos su impotencia

transformadora, los obstáculos y las condiciones para su unidad y las perspectivas y dificultades para su recuperación política y electoral.

El declive representativo y de la capacidad sociopolítica e institucional de las izquierdas transformadoras constituye un fracaso para las dirigencias alternativas: reducen su influencia transformadora en beneficio de la gente y aparecen más subordinadas al hegemonismo socialista, inclinado hacia el centrismo y que se ve menos condicionado por su izquierda política. Ello, aunque se mantengan un descontento popular de fondo, una cultura progresista y de izquierdas en la mayoría ciudadana y ciertas movilizaciones sociales que demandan un giro social y democrático.

Es el momento en que se ve con mayor nitidez la necesidad de una mayor activación cívica y movilización popular. Ello se ha notado en las manifestaciones por el derecho a la vivienda pública o en solidaridad con Palestina, así como, en otro plano, en la ola de indignación feminista ante la violencia machista, todavía mayor cuando proviene de un referente de esa nueva izquierda. Esa activación crítica de las bases sociales progresistas permitiría condicionar la acción gubernamental y las estructuras dominantes, además de favorecer el arraigo social de las izquierdas políticas, renovar sus estructuras partidarias y reorientar su acción institucional.

Las causas del declive y las características de cada impotencia particular son distintas para las dos fuerzas, Sumar (y sus distintas agrupaciones) y Podemos, en pugna por el reconocimiento de sus respectivas orientaciones estratégicas y su gestión orgánica. Hoy por hoy, no hay un diagnóstico común y es imposible el camino hacia una mayor colaboración. Todavía se ventila el proceso de autoafirmación propia y la pugna por la supremacía en el espacio... a costa de la polarización política y de liderazgo frente al otro.

Podemos, con una opción más confrontativa y crítica con el poder establecido, ha sido castigada por el aislamiento político-mediático, fáctico y el acoso judicial, en el anterior marco de Unidas Podemos; les pesa la experiencia divisiva reciente del proceso impuesto desde el núcleo de Sumar para su subordinación. Ha quedado debilitado, aunque ha sobrevivido y apuesta por un desarrollo propio y diferenciado.

El equipo de Yolanda Díaz y el Movimiento Sumar, como fuerza dominante en ese espacio, con el apoyo mediático e institucional, han reorientado su estrategia y su discurso hacia la moderación política y la afinidad con el Partido socialista, con la colaboración de los otros partidos aliados (Izquierda Unida, Más Madrid, Catalunya en Comú y Compromís...). De momento, se reafirman como opción política hegemónica, con su primacía dirigente y la marginación de Podemos respecto del espacio común.

Ese proyecto de recomposición ha tenido un relativo éxito respecto del predominio institucional de la dirigencia de Sumar en sustitución de la prevalencia anterior de la de Podemos. No obstante, la gestión realizada constituye un fracaso global respecto del objetivo aducido de ensanchar la representatividad y el estatus institucional de ese espacio, así como para consolidar su vertebración interna, manteniendo una gran fragilidad organizativa.

Por tanto, aun con el aval mediático, ha quedado dañada su imagen de utilidad pública para conseguir ventajas significativas para la sociedad, mejorar las relaciones electorales e institucionales de la izquierda alternativa y garantizar su influencia ascendente y su prestigio

social. Movimiento Sumar y la coalición Sumar han perdido legitimidad social, lo cual ha motivado la reciente dimisión de Yolanda Díaz de sus responsabilidades orgánicas. Y a ello se acumula el descrédito de su liderazgo por el caso de violencia machista de Íñigo Errejón y su inadecuado tratamiento orgánico.

Pero, además, hay una ausencia de capacidad explicativa de estos factores y sus causas y, por tanto, persiste una dificultad dirigente para remontar la crisis representativa y de liderazgo. Es el reto que tiene el actual proceso de reconfiguración de ese espacio, con la negociación entre los distintos partidos políticos que lo integran. La respuesta debía estar debatiéndose para culminar en la Asamblea de Movimiento Sumar, a mitad de diciembre, que se ha aplazado para fin de marzo que viene. Como añadido, la dimisión de Íñigo Errejón, que era su gran exponente para su diseño estratégico y discursivo, por su comportamiento machista, ha generado un vacío lleno de incertidumbre cuyo relleno, no exento de tensiones, está por ver.

La actitud de emplazamiento unitario de la dirección de Izquierda Unida es bienintencionada pero poco realista si no hay una reflexión compartida sobre las causas de la crisis, se aproxima la orientación política entre los dos bloques principales —Movimiento Sumar/Más Madrid/Comunes y Podemos— y se establece un marco más pluralista, respetuoso y democrático. Supondría un recorrido de acuerdos concretos, una recomposición compartida de los liderazgos y una confianza en un proyecto común, superador de las actuales estructuras. Tras ese paso intermedio, tal vez podría desembocar en un acuerdo electoral para las elecciones —municipales, autonómicas y generales— de 2027 y quizá, como precedente, para las de Andalucía de 2026.

Unidad, para qué: sus obstáculos y su conveniencia

La unidad es un gran valor tradicional de las izquierdas. La unidad de las capas populares y su expresión democrática son instrumentos fundamentales para la transformación social progresista. Pero no es un fin en sí mismo. Su importancia y su sentido dependen de las condiciones concretas, de con quién, cómo y para qué.

La experiencia de Sumar y su proceso unitario ha tenido sus claroscuros. Pretendía ensanchar el espacio alternativo y, al mismo tiempo, reorientar su estrategia hacia mayor moderación política y discursiva y recomponer su primacía dirigente, desplazando a Podemos a una posición subalterna. La unidad se justificaba y se asociaba a nueva hegemonía política y orgánica que cohesionaba al conjunto con la promesa de la mejora social para la gente... y del estatus corporativo. Pero se han ido abriendo paso sus límites, incluido su sentido utilitarista particular.

Ese proyecto de recomposición podría haber sido virtuoso, tal como aparecía en las primeras expectativas, solo que ha tenido un déficit democrático y de regulación del pluralismo, sin tener suficiente legitimidad y consenso interno. Y, además, ha perdido eficacia político-electoral, aspecto agudizado ahora con el caso Errejón. Así, han saltado las costuras organizativas, particularmente del núcleo dirigente de Movimiento Sumar/Más Madrid. Por tanto, ahora se cuestiona públicamente su orientación, su liderazgo y su articulación organizativa, y se tensa el debate para establecer un camino de salida.

La idea de avanzar en la colaboración entre las distintas sensibilidades de la izquierda transformadora para un acuerdo electoral futuro responde a una evidencia política: evitar la victoria de las derechas y su involución autoritaria y regresiva, con la articulación de una fuerte

fuerza política que condicione al Partido Socialista y refuerce una trayectoria sociopolítica e institucional de progreso.

Pero dejan abiertos dos elementos clave imprescindibles para valorar su dimensión y su operatividad: la firme orientación reformadora, social y democrática, enraizada en las demandas cívicas, y los reequilibrios orgánicos de su estructura y liderazgo, que exigen procedimientos participativos consensuados e integradores.

La propuesta de IU tiene una preocupación unitaria, pero también debe superar las dos condiciones antedichas. Por una parte, el enquistamiento del actual equipo dirigente de Movimiento Sumar y su opción estratégica, con su intento de recuperar legitimidad interna y externa, pero reticente para valorar su responsabilidad ante el fracaso político y orgánico del conjunto y, todavía más, para renovar su estructura dirigente y generar puentes con Podemos.

Por otra parte, la dirección de Podemos tiene clara su opción: prioridad a su propio autodesarrollo organizativo y electoral, con posiciones políticas confrontativas con el Gobierno y de emplazamiento político a las izquierdas del PSOE, con un giro social y democrático hacia la izquierda. Es el sentido de sus condiciones para su apoyo a los presupuestos generales, que ha sido avalado por casi el 90% de su militancia: la rebaja del 40% de los alquileres y la ruptura de relaciones con Israel. Trata de fortalecer una exigencia popular y consolidar su proyecto a través de una confrontación política duradera, diferenciada del Partido Socialista, hasta las distintas elecciones de 2027. Tiene la expectativa de una mayor movilización social, así como de un trasvase de parte —desencantada— del actual electorado de Sumar o de la abstención y otras izquierdas. Su intención es un mayor fortalecimiento político-orgánico propio que, en todo caso, le pueda situar en una posición de ventaja negociadora ante posibles acuerdos electorales o, en último término, salir airoso de ese emplazamiento electoral determinante del futuro.

Por tanto, con dinámicas dispares, hay una responsabilidad colectiva y un desafío a la capacidad articuladora y democrática de las dirigencias alternativas, aunque el compromiso mayor recae en Yolanda Díaz y su equipo. Habrá que comprobar si son capaces de dar respuesta a esa encrucijada estratégica de las izquierdas en España. Deberían contar con algunas condiciones favorables, al menos, con un incremento de la activación cívica popular y un impulso participativo por abajo..., sin los cuales este proceso renovador y unitario parece difícil.

O bien, pueden terminar en una gran derrota político-electoral y orgánica, en ese horizonte de 2027 —sin beneficiar al PSOE o las izquierdas nacionalistas—, y pasar por cierta catarsis profunda que requeriría una renovación y recomposición completa de esa izquierda transformadora, especialmente de la dirigencia de Sumar y sus principales partidos. Mientras tanto, la de Podemos se prepara para resistir en una situación defensiva, y habrá que ver cómo aguanta y proyecta un futuro político y articulario para el conjunto.

En definitiva, es necesaria una reflexión colectiva sobre las causas del declive electoral y el desconcierto estratégico de la izquierda alternativa, particularmente de la dirección de Sumar, acentuado hoy por las insuficiencias feministas que ha descubierto el 'caso Errejón'. En los procesos de renovación y relegitimación de sus dirigencias, lo sustantivo ahora son las respuestas a esas perspectivas de bloqueo progresista, la amenaza ultraderechista e involucionista que supone la previsible victoria de las derechas, y conformar una dinámica de reforma social, democrática y feminista. Ello no es indiferente para las capas populares, la

democracia, la dinámica de cambio de progreso y la formación de fuerzas sociales que sean capaces de consolidar una senda de avance democratizador. Es sobre esa agenda sobre la que tienen que reformular su legitimidad social y su liderazgo político.

Precisamente, la incógnita actual es si las actuales dirigencias políticas van a ser capaces de representar y conducir esa tarea reformadora, en el doble sentido de su orientación de izquierdas y su articulación orgánica y democrática: entre su unidad y su diferenciación; entre lo común y su pluralidad. De lo contrario, también afectará a su crisis de credibilidad transformadora y su capacidad representativa y hará necesaria su profunda recomposición y renovación en otro ciclo sociopolítico posterior al que hemos vivido estos últimos quince años. El futuro está abierto.

Ghousoon Bisharat

La historia no tan secreta del apoyo de Netanyahu a Hamás

Cuando el historiador y activista por los derechos humanos israelí Adam Raz se dispuso a escribir *El camino al 7 de octubre: Benjamin Netanyahu, la producción del eterno conflicto y la degradación moral de Israel*, sabía que se estaba enfrentando a un ángulo muerto en el discurso público israelí. Raz cree que la gran mayoría de los israelíes no ha llegado a entender en todo su alcance la implicación de Netanyahu en el respaldo a Hamás antes de la actual guerra, y en la perpetuación de un estado de conflicto sin fin.

El libro de Raz, publicado en mayo de este año, arroja luz sobre una controvertida política: durante años, los gobiernos de Netanyahu aprobaron e incentivaron sistemáticamente la transferencia de fondos cataríes a Gaza para apoyar a Hamás. Al tiempo que señala que los medios de comunicación israelíes han dedicado más atención a esas políticas como consecuencia del 7 de octubre, Raz explica a +972 que eso “no es más que un atisbo del panorama completo”, que tiene su raíz en la fuerte oposición de Netanyahu a una resolución justa del conflicto. “Es necesario que la gente entienda la estrategia de Netanyahu en toda su dimensión”, dice.

Según Raz, la prioridad de Netanyahu no es mantener la seguridad en Israel, sino impedir que se dé cualquier ocasión real de resolver el conflicto entre Israel y Palestina por medio de la división de la tierra, el final de la ocupación o una solución de dos Estados. Mantener un flujo de dinero hacia Hamás servía a este objetivo porque garantizaba que el movimiento nacional palestino permanecía escindido entre Hamás en Gaza y la Autoridad Palestina (AP), controlada por Fatah en Cisjordania, permitiendo así a Israel mantener su dominio sobre el territorio entero. Raz avisa de que, incluso después de los devastadores sucesos del 7 de octubre, los planes de Netanyahu siguen siendo los mismos.

Este libro no es una lección de Historia sobre el conflicto, subraya Raz, sino más bien la irrecusable exploración de una alianza política que continúa degradando el tejido moral de Israel. “Lo que he hecho no ha sido escribir este libro, sino gritar en sus páginas”, dice.

Hemos hablado con Raz sobre la larga historia de relaciones simbióticas de Netanyahu con Hamás y su recientemente asesinado dirigente Yahya Sinwar; de por qué la guerra actual representa una continuación, y no una ruptura, de la estrategia del primer ministro con respecto a los palestinos en conjunto; y de por qué, incluso después de más de un año de guerra y de la muerte de Sinwar [líder de Hamás], para Netanyahu apenas ha cambiado nada.

Mientras leía su libro, no podía evitar sentir que está usted algo obsesionado con Netanyahu; como si en Israel no hubiera élites políticas y de seguridad, ni intereses de defensa nacional, ni opinión pública, ni medios de comunicación. Escribe usted como si todo fuera Babilandia. Como palestina que soy, me da la impresión de que es una forma de disculpar a otros responsables y a la sociedad israelí en general para culpar exclusivamente a Netanyahu.

Este es un libro sobre Netanyahu. Lo que pretendía no era escribir la historia de la ocupación bajo las órdenes de Netanyahu, ni la historia de Hamás, ni la colisión entre los dos movimientos nacionales. Es la historia de la relación entre Netanyahu y Sinwar. Intento entender la motivación de los dos actores más importantes de esta estrategia, que han tenido a sus sociedades sujetas por el cuello.

Israel es Babilandia. Lo que esté en juego en Israel, ya sean los palestinos, el acuerdo nuclear con Irán o cualquier otro asunto de política exterior, todo está en manos de Netanyahu. En mi libro explico cómo ha llegado a ocurrir esto, y cómo Bibi ha cambiado la política israelí. Es verdad que los responsables de Defensa eran contrarios a las políticas de Netanyahu hacia Hamás, pero en todas las encrucijadas decisivas en las que se enfrentó con ellos, Netanyahu ganó.

Uno de los argumentos centrales de su libro es que la oposición de Netanyahu a un Estado palestino es el pilar principal de su política hacia los palestinos. ¿Cómo determinó esa política su relación con Hamás, si nos remontamos a los años noventa?

Netanyahu es el enemigo número uno de una solución de dos Estados. A grandes rasgos, Fatah y la OLP están a favor de esa solución, mientras que Hamás está en contra, lo que significa que en este punto tan crucial los intereses de Netanyahu y los de Hamás coinciden. Así que desde 1996 [cuando fue elegido primer ministro por primera vez], y especialmente desde su segunda legislatura, a partir de 2009, Netanyahu ha estado trabajando duro para fortalecer a Hamás.

Desde la firma inicial de los Acuerdos de Oslo en 1993 hasta el magnicidio del primer ministro Isaac Rabin en 1995 [a manos de un israelí que se oponía al proceso de paz], la OLP e Israel trabajaron juntos contra la influencia del fundamentalismo, tanto judío como islámico. Había una especie de acuerdo informal sobre no construir nuevos asentamientos en Cisjordania y delimitar hasta dónde podían expandirse los que ya existían. Eso marcó un giro respecto al Gobierno de [Isaac] Shamir [inmediatamente anterior al de Rabin], que había supervisado la edificación de aproximadamente 7.000 unidades de alojamiento [en asentamientos] al año.

Una de las primeras cosas que hizo Netanyahu como primer ministro [en 1996] fue aprobar la construcción de la colonia de Har Homa en Jerusalén Oriental. Durante su primera legislatura se levantaron 24 nuevos asentamientos en los territorios ocupados. Ni que decir tiene que con Rabin los israelíes continuaron expandiendo los asentamientos, pero eso era algo que los negociadores palestinos pensaron que podían soportar.

La segunda cosa importante que hizo Netanyahu [también en 1996] fue abrir los túneles del Muro de las Lamentaciones, en la Ciudad Vieja de Jerusalén, desencadenando los primeros choques violentos entre los palestinos y el ejército israelí desde el comienzo del proceso de Oslo. Había habido discusiones sobre eso durante el gobierno de Rabin, que planeaba abrir los túneles en

coordinación con la Waqf musulmana [una fundación religiosa encargada de la administración de lugares sagrados] y con los jordanos a cambio de que la Waqf recibiera el control de los Establos de Salomón [una zona del complejo de Al-Aqsa/la Explanada de las Mezquitas]. Sin embargo, Netanyahu eligió desoír esas recomendaciones y hacer cambios de forma unilateral en uno de los lugares más sensibles y más sagrados para las tres religiones abrahámicas.

Estaba claro que aquello llevaría a una crisis; y eso fue exactamente lo que ocurrió. Netanyahu decidió abrir los túneles por iniciativa propia, sin informar al gobierno ni a las instituciones de seguridad. La cúpula del personal militar y de defensa se enteró por la radio. Las protestas que siguieron a la apertura de los túneles, a lo largo de Jerusalén Oriental, Cisjordania y la franja de Gaza, resultaron en la matanza de 59 palestinos y 16 israelíes.

La tercera cosa importante que hizo Netanyahu, y que también iba en contra de los consejos de las instituciones de seguridad, fue retirar la solicitud de Israel de extradición del jefe del departamento político de Hamás, Musa Abu Marzuk [líder del ala radical del movimiento en la época en que propugnaba la continuidad de la resistencia armada, y la figura más importante de Hamás fuera de Gaza]. Esa solicitud había sido aprobada por Rabin después de que Abu Marzuk fuera arrestado mientras estaba en Estados Unidos, en 1995. La decisión de Netanyahu de retirarla [y, en consecuencia, de evitar que se llevara a Abu Marzuk a juicio en Israel] llegó en un momento en que muchos dirigentes de Hamás, incluido el fundador del movimiento, el jeque Áhmed Yasín, estaban en cárceles israelíes, y había un debate interno en marcha sobre la mejor forma de continuar con la lucha.

Esos tres sucesos fortalecieron a Hamás y a la gente que quería ver en aquello un conflicto religioso.

En su libro menciona varias ocasiones en las que Netanyahu sí expresó públicamente su apoyo hacia algún tipo de Estado palestino, entre las que se incluyen la firma del memorando de Wye River, en octubre de 1998, el famoso “discurso de Bar Ilán”, en junio de 2009, el discurso que dio en el Congreso en mayo de 2011, y su apoyo al “contrato del siglo” de Trump, en 2019 y 2020. ¿Qué sentido cree que tienen?

Cada vez que ha hablado públicamente de ello, había una razón para que lo hiciera. Tomemos por ejemplo su discurso de Bar Ilán, que fue el caso más conocido en el que Netanyahu “aceptó” la solución de los dos Estados. Había en ello una vertiente de política exterior: era poco después de que Barack Obama asumiera la presidencia, y justo después del famoso discurso de Obama en El Cairo. Y había una vertiente doméstica: por aquel entonces, Netanyahu estaba intentando construir una coalición con el centroderecha. Pero en mi libro se puede ver que el diplomático estadounidense Martin Indyk se dio cuenta de que aquello era un engaño.

Hay distintas razones y motivaciones por las que cada una de las veces habló a favor de dividir la tierra. Pero, como historiador político, mi metodología es no mirar solo lo que los políticos dicen, sino lo que hacen.

¿De qué forma continuó Netanyahu fortaleciendo a Hamás cuando retomó la presidencia en 2009?

Desde su vuelta al poder, Netanyahu se ha resistido a cualquier tentativa, ya fuera militar o

diplomática, que pudiera terminar con el régimen de Hamás en Gaza. Hasta 2009, el ejército israelí –junto con la AP– estaba intentando acabar con el poder del movimiento en los territorios ocupados. Entonces Netanyahu dio orden de interrumpir la colaboración entre las fuerzas armadas israelíes y las fuerzas de seguridad de la AP en su lucha contra Hamás. Todas las demás formas de coordinación para la seguridad continuaron, pero ese aspecto concreto se paró. De ahí en adelante, Netanyahu ha desarrollado una política de no negociación con los palestinos, bajo el pretexto de que el liderazgo entre ellos está dividido, mientras al mismo tiempo trata de desautorizar toda iniciativa de conversaciones para la reconciliación entre Hamás y la AP.

Pasemos de ahí a 2018, cuando el presidente de la AP, Mahmud Abás, interrumpió completamente la transferencia de dinero a Gaza, dejando a Hamás al borde del colapso. En lugar de aceptar que la AP volviera a Gaza [de donde había sido expulsada a patadas por Hamás en 2006, tras las elecciones], Netanyahu optó por salvar a Hamás, permitiendo que entraran maletines llenos de dinero procedentes de Catar. Él fue de hecho el cerebro y el arquitecto de esos envíos de dinero al estilo mafioso.

¿El traspaso de dinero catari a Gaza no empezó hasta 2018?

En realidad, Catar empezó a transferir dinero a Hamás en 2012, aunque aquello era por conductos bancarios, y eran cantidades muy pequeñas. La cosa cambió de forma fundamental en 2018, cuando Netanyahu convenció a su Consejo de Ministros de que aprobara transferencias mayores y cambió el mecanismo de transferencia a dinero en metálico. Después de eso, un coche que transportaba maletines llenos con casi 30 millones de dólares en efectivo pasaría por el cruce de Rafah todos los meses desde el verano de 2018 hasta octubre de 2023.

Por lo que alcanzamos a saber, la mayor parte de las instituciones de seguridad estaban en contra de ese planteamiento, pero para Netanyahu era muy importante, y lo consiguió. Puede que las actas de esas reuniones del Consejo de Ministros no salgan nunca a la luz pública, pero está claro que aquella era una jugada diseñada para debilitar a la AP.

En su libro menciona un mensaje que Sinwar envió a Netanyahu poco después de que empezara la transferencia de cantidades mayores. ¿Puede explicar de qué se trataba?

Israel y Hamás no se comunicaban entre ellos de forma oficial, pero mantenían conversaciones secretas sobre lo que Israel llama “la hasdara”, o sea el arreglo por el cual Israel permitía que el dinero catari fluyera hacia Gaza. En 2018, después de que empezaran a llegar los maletines, el representante israelí en aquellas conversaciones y por entonces consejero de Seguridad Nacional, Meir Ben-Shabbat, recibió de Sinwar una nota en hebreo dirigida a Netanyahu con el título de “Riesgo calculado”.

Recuerdo haberme asombrado leyendo sobre aquello cuando los medios de comunicación israelíes publicaron la nota [en 2022]. ¿Por qué iba el jefe de Hamás a escribir al primer ministro israelí, y por qué eligió esas palabras en concreto? ¿Cuál era el “riesgo”?

Fue muy inteligente escribir aquello, porque tanto Sinwar como Netanyahu estaban corriendo un riesgo calculado con aquel acuerdo [de continuar debilitando a la AP y eliminando la posibilidad de una solución negociada]. Netanyahu sabía que Hamás no iba a usar el dinero para beneficiar a los niños gazatíes ni para modernizar la Franja, sino más bien para construir túneles y adquirir

armas, convirtiendo Gaza en un estado espartano en guerra con Israel. Y aun así lo hizo, para eliminar la posibilidad de una solución de dos Estados.

Las instituciones de seguridad israelíes advirtieron repetidamente a Netanyahu de que Hamás se estaba preparando para el siguiente combate. A lo largo del año 2023 recibió cierto número de avisos específicos de que Hamás estaba planeando lanzar un ataque contra Israel para matar y secuestrar a gente. Pero nadie, ni siquiera Netanyahu, pensó que aquello fuera a ser tan grande como fue.

En agosto de 2023, cuando [los israelíes se manifestaban contra las reformas judiciales](#) [impulsadas por Netanyahu para librarse de las acusaciones de corrupción], los palestinos en Gaza se estaban manifestando en contra de Hamás. Sinwar tenía miedo de perder poder en Gaza, así que Hamás aplastó aquellas protestas con palos y con armas. Las encuestas de opinión pública en septiembre y octubre de 2023 en Gaza mostraban que más del 50% de la población estaba a favor de la solución de dos Estados. Eso significa que Hamás había fallado: a pesar de que la mitad de la población de Gaza pasaba la mayor parte de su vida sometida a su doctrina fundamentalista, la mayoría seguía siendo partidaria de dividir la tierra.

Con el ataque [del 7 de octubre], Sinwar ayudó a Netanyahu, al eliminar cualquier oposición a su dominio dentro de Israel y la posibilidad de conversaciones de paz en un futuro cercano. Sinwar sabía que Hamás no iba a conquistar Israel el 7 de octubre. No pensaba que estuviera empezando una guerra para acabar con el proyecto sionista. Era una exhibición de fuerza. Y él sabía cuál iba a ser la respuesta.

La mayor parte de los palestinos, lo apoyen o no, ven a Hamás como un movimiento de resistencia y una parte integral de la vida política palestina. En su libro, usted llama a Hamás “el enemigo del movimiento nacional palestino”. ¿No es un poco una postura de superioridad?

Yo creo que Hamás es parte, y puede que incluso una parte grande, del movimiento nacional palestino. Pero creo que es enemigo del sector del movimiento nacional palestino que quiere acabar con el conflicto y la ocupación.

Incluso dentro de Hamás se encuentran enfoques y puntos de vista diferentes. No es una organización monolítica. En los últimos años ha habido un debate sobre la forma en que la organización debería continuar su lucha y con quién alinearse: Egipto, Irán, Turquía, o Catar. Sinwar, que era un político racional, no es lo mismo que Hamás, igual que Netanyahu no es lo mismo que el Likud.

Pero Sinwar estuvo dispuesto a poner en peligro la vida de más de dos millones de gazatíes. Trafica con la muerte. Se ha citado muchas veces a altos mandos de Hamás explicando que de los gazatíes se espera que derramen su sangre por la causa palestina.

Cuando Sinwar dijo [en 2022] que el buen palestino es el que agarra un cuchillo y apuñala a un judío, no creía que ese fuera el camino para acabar con el proyecto sionista. Sabía que semejantes actos iban a enquistar y perpetuar aún más el conflicto. Es evidente que Sinwar era enemigo de cualquiera que valore la justicia y la paz.

En la segunda parte del libro, titulada *El Estado paria: Los primeros días del combate en Gaza*, dice que la ofensiva actual de Israel es la continuación de las políticas de

Netanyahu. ¿Puede explicarlo un poco más?

Yo creo que para entender la guerra es necesario entender sus primeros veinte días. Aquello fue la *dresdenización* de Gaza: una campaña de bombardeos aéreos previa al inicio de las operaciones en tierra.

La noche del 7 de octubre, Netanyahu dio su primer discurso a la nación, en el que dijo –usando un término bíblico– que Israel iba a convertir Gaza “en escombros”. Supuestamente el primer ministro le dijo por aquella época a Biden, que expresó sus reservas, que Israel iba a hacer lo mismo que habían hecho los estadounidenses en Japón y en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, refiriéndose a una campaña estratégica consistente en bombardear ciudades enteras.

Esa *dresdenización* era algo que no servía a ninguna lógica política ni estratégica: no dedicaba ni un pensamiento al futuro de las relaciones entre las naciones. Durante aquellos primeros veinte días, los combatientes de Hamás y los dirigentes del movimiento estuvieron en túneles bajo tierra; las fuerzas aéreas israelíes bombardearon a miles de civiles inocentes. Aquello no ayudó a Israel a hacerse con el control de Gaza, y volvió más difícil la liberación de los rehenes. Fue útil para la lógica de la venganza, que es la lógica de Sinwar y Netanyahu.

La *dresdenización* de Gaza ayudó a Netanyahu. Gracias a ella recibió la aprobación de una amplia mayoría de la sociedad israelí, y esto es una vergüenza para la sociedad israelí judía. Aquello era una masacre, un genocidio, un crimen contra la humanidad... no creo que la palabra sea importante. Y ese crimen ayudó a Netanyahu a liquidar a la oposición interna. En el plano doméstico, la política de Netanyahu convirtió a la población israelí en cómplice del crimen.

¿Y cuál es la política de Netanyahu hacia Hamás ahora, después de más de un año de ataques y del asesinato de Sinwar?

Creo que la política de Netanyahu sigue siendo hoy la misma que antes de la guerra. Está tratando de fortalecer a Hamás, o, más exactamente, los intereses que Hamás representa; es decir, debilitando el apoyo a una solución de dos Estados, y manteniéndonos a todos en un estado de guerra que no acaba nunca. Para él Sinwar y Hamás no eran la cuestión principal; su interés fundamental es una guerra interminable, y Hamás era un instrumento para continuar con el conflicto mientras Israel mantenía el control.

Entre las izquierdas israelíes, especialmente en la izquierda sionista, mucha gente está ahora diciendo que, después del 7 de octubre, “el concepto” [que era como llamaban a la política israelí de mantener a Hamás en el poder limitando al mismo tiempo sus capacidades militares] ha demostrado ser un fiasco. Yo intento explicar que “el concepto” funcionaba. No creo que nada esencial haya cambiado desde el 7 de octubre; las listas de víctimas se han vuelto mucho más largas, especialmente por el lado palestino, pero no creo que haya habido ningún cambio esencial.

Hamás es una ideología profundamente incrustada en el paisaje político y social de la región. Sus políticas se guían por la realidad sobre el terreno. La retórica de “destruir a Hamás” y las reivindicaciones de Netanyahu de conseguir una “victoria total” no son más que propaganda para el público. La pregunta clave no es cuántas armas hay en Gaza –que siempre serán más–, sino

más bien cuáles son las condiciones políticas y económicas que allí se imponen. No cuántos kaláshnikovs tienen, sino si la gente está dispuesta a usarlos.

[Después del pasado año], estamos hablando de que puede que hagan falta veinte o veinticinco años para reconstruir Gaza, lo que significa que dos generaciones de niños gazatíes van a crecer en tiendas de campaña y campos de refugiados. No tendrán ocasión de aprender poesía ni informática; en lugar de eso, lucharán por la supervivencia más básica: comida, un cuarto caliente, una cama blanda. Miles de niños no sentirán nunca el abrazo de sus padres. Rompe el corazón. Esas son las condiciones que avivan la resistencia y perpetúan la segregación. Las oficinas de reclutamiento de Hamás van a estar más llenas que nunca.

Yo creo que una de las cosas que tanto Sinwar como Netanyahu querían se ha conseguido: el apoyo a la solución de dos Estados está en las tasas más bajas de la historia de este conflicto, en los dos bandos. La pregunta ahora es qué pasará con Ramala: ¿qué planes tienen la Autoridad Palestina y la OLP?

¿Cómo describiría el impacto de la guerra en la sociedad israelí?

En la segunda parte del libro he intentado tratar la cuestión de la moralidad, y de lo que ha pasado con los valores de los israelíes judíos. Pretendía entender la conexión entre la estrategia de la venganza y la estrategia del autoengaño.

Desde el 7 de octubre, Israel ha estado cometiendo en Gaza múltiples crímenes de guerra, que sus soldados están fotografiando y filmando y publicando en todas las redes sociales. Vi una foto de dos soldados que habían bombardeado los Archivos Centrales de la Ciudad de Gaza solo para divertirse, y eso me dejó marcado, porque yo me paso la mayor parte del tiempo en archivos. Se puede ver que hay una política de hambruna, que hay una política de bombardeo indiscriminado, que hay una política de tortura.

La gente lo sabe, pero no lo sabe: esa es la estrategia del autoengaño. La mayor parte de los israelíes no lee *Haaretz* ni *Local Call* (la web asociada con +972 en lengua hebrea), pero puede que se metan en las redes sociales o que visiten algún canal internacional. A mí me asombraba cómo, durante la campaña de bombardeos que hubo al principio de la guerra, la gente sencillamente miraba para otro lado. Pero el autoengaño es muy importante para nosotros, el “pueblo elegido”, porque otorga legitimidad a lo que estamos haciendo en Gaza y lo que no estamos haciendo por los rehenes.

Creo que los casi 60 años de ocupación han cambiado el espíritu del común de los israelíes. Yeshayahu Leibowitz, intelectual judío ortodoxo y catedrático de la Universidad Hebrea, dijo, allá por 1968, que la ocupación es una fuerza corruptora. Y verdaderamente la ocupación nos ha corrompido.

En 1945, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, los campos [de concentración] se abrieron y el mundo fue expuesto a la forma de exterminio más brutal de la Historia. Pienso que algo parecido ocurrirá cuando las puertas de Gaza se abran. Cuando eso ocurra, la población israelí tendrá que decidir qué camino va a tomar: responsabilidad o autoengaño. Yo creo que elegirán el autoengaño. Y por eso es por lo que pienso que Netanyahu ha ganado la guerra.

[Fuente: [Ctxt](#). Trad. de Lola Díez. Artículo original publicado en [+972 Magazine](#)]

Rafael Poch de Feliu

Los malos votos de Georgia y Moldavia

Se ha acabado la orientación exclusiva a Occidente en los países del entorno de Rusia. Eso ya es un hecho consolidado en Asia Central, presenta diversos grados y variantes en Transcaucasia y Moldavia, y, si no hay una gran guerra por medio, acabará ocurriendo en los países bálticos y quién sabe si hasta en Polonia. No se trata de la creciente percepción de que Rusia no va a perder la guerra en Ucrania, ni va a sufrir la pronosticada “derrota estratégica”. Mucho menos aún se trata de que Moscú vaya a ser para esos países el nuevo centro gravitacional, como pueda ser el caso de Bielorrusia. La amenaza de un nuevo dominio ruso exclusivo “a la soviética” es uno de los mitos de la propaganda occidental. La simple realidad es que Rusia ni puede, ni quiere regresar a aquello y que, por el contrario, lleva décadas abierta a un condominio con otras potencias, lo que determina ciertos equilibrios y respetos a la soberanía e integridad de esos países.

Muchos desinformados objetarán aquí lo sucedido en Ucrania, olvidando que la invasión militar fue la respuesta de Moscú al inequívoco propósito occidental de afirmar un dominio occidental exclusivo en Ucrania, dirigido a consolidar una amenaza militar estratégica directa contra el régimen ruso. Moscú nunca pretendió contestar aquello con el mismo propósito exclusivista. Los dirigentes rusos se conformaban con que Ucrania fuera neutral, un país puente entre Europa y Rusia, mientras que Occidente insistía en que el gobierno de Kiev, contra el sentir, claro y mayoritario de su población, respondiera a la disyuntiva, “o con nosotros, o con ellos”. Ese fue el sentido de los acuerdos comerciales presentados a Kiev por la Unión Europea de Merkel y Barroso en 2013, y de la invitación a integrarse formulada por la OTAN en 2008, contraviniendo los preceptos fundacionales y constitucionales de neutralidad y no alineamiento en bloques consagrados en la declaración de independencia y la constitución del país, así como los resultados de todas las encuestas de opinión, que además señalaban una clara división geográfica sobre estas cuestiones anticipando, con toda claridad, el [riesgo de una guerra civil](#).

Todo eso es conocido y ahora Occidente lo plantea en términos muy parecidos en países como Georgia y Moldavia. Pero no va a funcionar. No tanto porque Rusia no vaya a perder la guerra de Ucrania, aunque eso influye, sino por algo superior, más general y fundamental: porque la correlación de fuerzas en la región, y en el mundo, está cambiando.

La cumbre de los BRICS del 23 de octubre en Kazán (Rusia) ha marcado el principio del fin del sistema internacional dominado por Estados Unidos en 1944 (Bretton Woods), agresivamente utilizado desde entonces contra la mayoría global. Kazán indica que hay una gran cantidad de países dispuestos a probar otras opciones. Eso es algo que no pudo hacerse en el pasado, por ejemplo en la Conferencia de Bandung de 1955, pero que hoy es factible porque los enanos de entonces han ido creciendo y algunos hasta se han convertido en gigantes. El peso específico de la potencia china, unido a la experiencia estratégica heredada de la URSS por Rusia y a la demanda de autonomía de multitud de actores, grandes y pequeños, permite a los BRICS ser autosuficientes respecto a Occidente, comerciar y financiarse entre ellos e incluso protegerse militarmente. El mundo se está reorganizando y Occidente no está allí. No solo eso, en Bruselas, Berlín y París no parecen entender la situación. Hay en el mundo actual una pluralidad de actores

(Irán, China, Rusia, Turquía...) en la que las potencias occidentales van a ser una más. Los países pequeños de la periferia europea entienden que hay que orientarse hacia esa pluralidad que, además, les da más juego, más margen de maniobra y más oportunidades para actuar de forma más libre que lo que les ofrece el vasallaje a un dominio exclusivo.

Tras un cuarto de siglo con la incumplida cantinela del “radiante porvenir europeo” con resultados muy negativos, lo que se dirime en países como Georgia y Moldavia, y desde luego no solo allí, no es el “o con nosotros o con ellos”, ni los cuentos de “proeuropeo versus prorruso”, “democracia contra autocracia” y demás, sino el acceso de esos países a un terreno de juego más abierto y libre. Ante esa situación, la Unión Europea se comporta en su sometida periferia como un miope *hegemón* imperial.

Como forma de encauzar el voto hacia la candidata apoyada por Bruselas, Maia Sandu, en Moldavia se incluyó en las elecciones presidenciales un referéndum para la integración del país en la Unión Europea. Con un 50% de abstención, un 50,4% votó a favor. Pero para realizar tal integración se necesita enmendar la constitución con una mayoría de dos tercios de la que Sandu no dispone. Es decir, el referéndum ha fracasado. La consulta vino acompañada de una ayuda europea de 2.000 millones de euros (800 euros por habitante, cuando el salario mínimo de los moldavos no llega a los 300 dólares), anunciada *in situ* para apuntalar la victoria de Sandu por la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen. Esa clara injerencia no impidió que Sandu perdiera la elección en el interior del país y solo se impusiera en la segunda vuelta del 3 de noviembre con los votos de la diáspora moldava en la UE, episodio más que polémico que nuestros medios apenas han mencionado.

El 40% de la población moldava en edad laboral vive en el extranjero. El grueso de esa emigración, cerca de medio millón, trabaja en Rusia. Hasta el 6 de septiembre esos emigrantes podían registrarse en las listas para participar en las elecciones. [Como explica el embajador húngaro](#), la mayoría de los inscritos en esas listas procedían de Rusia (38%), seguidos de los que viven en Italia (11,5%), luego Alemania (9%), Estados Unidos (6,6%) y Rumanía (5%). A pesar de ello, sólo dos colegios electorales se abrieron en Rusia (únicamente en Moscú, frente a los 17 en diversas ciudades rusas que dispusieron en las elecciones de 2020), mientras que había 60 colegios en Italia, 26 en Alemania, 20 en Francia, 17 en el Reino Unido, 16 en Rumanía, 16 en Estados Unidos, 11 en España, 10 en Irlanda y 6 en Portugal. Previamente, “Sandu había bloqueado los canales de televisión prorrusos y prohibido la participación electoral a toda una serie de políticos diciendo que habían violado la ley electoral o recibido fondos ilegalmente del extranjero”, se lee en *The Wall Street Journal*. La elección fue observada por la delegación de la OSCE en Moldavia, nueve de cuyos diez directores de los últimos treinta años han sido americanos y que ya es un aparato de la OTAN, pero no por observadores rusos o de la CEI (Comunidad de Estados Independientes). La plana mayor del Gobierno moldavo tiene nacionalidad rumana: la presidenta Maia Sandu, el presidente del Parlamento, el primer ministro, el ministro de Exteriores, la gran mayoría de los ministros del Gobierno y de los parlamentarios del partido del Gobierno, la mayoría de los directores de departamentos, los miembros del Tribunal Constitucional y el jefe de los servicios secretos. En un país multinacional y multilingüístico en el que el 53% declara que su lengua es el “moldavo”; un 23%, el “rumano” (la diferencia entre uno y otro es mínima, pero la calificación contiene un matiz de identidad); y el tercio restante, rusos, ucranianos, búlgaros y gagauces, consideran que la lengua oficial del Estado es el “moldavo”, el Gobierno declaró oficial la lengua “rumana” y no el “moldavo”... Pese a

todo este cúmulo de irregularidades que ilustran los métodos de la UE en su sometida periferia, la injerencia electoral denunciada por la UE ha sido rusa.

En Georgia, las elecciones fueron presentadas como un pulso entre un partido gubernamental “prorruso” (Sueño georgiano) que quiere recortar libertades mediante el control de las ONG, y una oposición democrática “proeuropea”. Sueño georgiano no es “prorruso”, sino que se orienta pragmáticamente hacia la mencionada correlación de fuerzas. Eso determina que ni apoye las sanciones contra Rusia, ni participe del clima hostil hacia Moscú, habitual en las repúblicas bálticas o en Polonia, y que prefiera estabilizar sus relaciones con Rusia con la que Georgia ni siquiera mantiene relaciones diplomáticas desde 2008. En el país operan 25.000 ONG cuya financiación proviene del extranjero en un 90%. El acceso de esas organizaciones al dinero europeo y americano ha colonizado ámbitos enteros del sector público y los servicios en el país, como la educación, la sanidad, la reforma judicial y las infraestructuras. Son organismos no electos en manos occidentales que erosionan la soberanía y democracia, y compran a sectores enteros de la población que dependen de ellos mediante proyectos y subvenciones. Por eso, y por su manifiesta hostilidad hacia el partido del gobierno, Sueño georgiano estableció que aquellas organizaciones que reciben más del 20% de ayuda extranjera debían registrarse, como ocurre en Estados Unidos, lo que se presenta como una “ley rusa” e “influencia de Putin”. La simple realidad es que la principal injerencia es occidental y ésta no admite la derrota de la oposición en las elecciones parlamentarias del 26 de octubre.

Si en Moldavia, la plana mayor del Gobierno y la presidenta Sandu tienen nacionalidad rumana, en Georgia, la presidenta, Salomé Zourabichvili, es francesa. Fue diplomática de ese país y responsable de asuntos postsoviéticos en el Quai d'Orsay [Ministerio de Exteriores de Francia], embajadora de Francia en Georgia en 2003 y 2004 y ministra de Exteriores con el desastroso presidente georgiano Mijaíl Saakashvili, protagonista del ataque militar contra fuerzas rusas de agosto de 2008 en Osetia del Sur, que nuestros medios suelen describir como “ataque ruso a Georgia”. En cualquier caso, ese personaje de aire colonial europeo en Georgia no reconoce el resultado de las elecciones del 26 de octubre y apoya los llamamientos de la UE y Estados Unidos a la revuelta callejera.

[Como dice el embajador Varga](#), la UE y Estados Unidos no quieren aceptar la realidad georgiana como base de la política exterior del país. Esta realidad se basa en su existencia como Estado sucesor de la Unión Soviética, una frontera común con Rusia, intereses económicos, decenas y cientos de miles de lazos de parentesco y amistad y los consiguientes y lógicos solapamientos culturales y lingüísticos con su país vecino. Occidente no entiende que los tiempos han cambiado y que su propósito de dominio exclusivo del entorno ruso, e incluso de movilizarlo para el conflicto directo con Rusia, ya no es posible porque contradice las nuevas realidades creadas en el mundo que van mucho más allá de la lógica del “o con nosotros, o con ellos”.

[Fuente: [Ctxf](#)]

Ecologistas en Acción

La Cumbre de Biodiversidad en Colombia acaba con resultados mediocres

- Ecologistas en Acción considera preocupante el escaso número de países que han presentado sus planes nacionales para implementar el Marco Mundial de Biodiversidad.
- Resulta especialmente grave que los flujos financieros privados y públicos que van a inversiones destructoras de la biodiversidad no hayan sido identificados y reducidos drásticamente.
- La organización ecologista critica el rol de bloqueo y de apuesta por una visión mercantilista de la naturaleza de países como Argentina, Brasil, Arabia Saudita y Canadá, mostrando su decepción por el insuficiente liderazgo de la UE en muchas de las decisiones.

Finaliza la Cumbre de Biodiversidad (COP16) en Cali, Colombia, tras dos semanas de intensos debates. Existen avances en el reconocimiento de los pueblos indígenas y afrodescendientes, en el mecanismo de evaluación del Marco Mundial de Biodiversidad de Kunming-Montreal y en la protección de áreas marinas en aguas internacionales, pero también hay graves retrocesos por la visión mercantilista de la naturaleza y la falta de compromisos en financiación.

Marco Mundial de Biodiversidad

La COP16 estaba llamada a ser la cumbre de la implementación y desarrollo del Marco Mundial de Biodiversidad de Kunming-Montreal, pero esto se ha cumplido solo a medias. En el lado positivo, cabe señalar que se ha adoptado el Marco de Evaluación y Seguimiento del Marco Mundial de Biodiversidad de Kunming-Montreal, incluyendo una serie de indicadores y fuentes de información bastante amplias que permitirá recopilar datos sobre el progreso en el cumplimiento de las 23 metas.

Sin embargo, una visión más amplia permite entender algunas graves carencias que han salido de la cumbre de Cali. Por un lado, hasta la fecha solo 44 de los 196 países han presentado sus planes nacionales para conservar la biodiversidad, adaptados al Marco Mundial, con una calidad y ambición en muchos casos cuestionable. Quedan, por tanto, 152 países que deberían presentar estos planes estratégicos antes de diciembre de 2024, hecho que Ecologistas en Acción considera altamente improbable. Además, del Marco de Evaluación y Seguimiento ha desaparecido el compromiso de que la convención genere informes donde se evalúe el progreso de cada país o la posibilidad de formular propuestas de políticas vinculantes, algo especialmente grave.

Por otro lado, en el apartado de financiación, no hay novedades en cuanto a la aportación de los países ricos para financiar la conservación de la biodiversidad. El compromiso sigue siendo voluntario, de 20.000 millones anuales en ayudas en 2025 y 30.000 en 2030.

Las organizaciones sociales participantes en la COP dentro de la Alianza por el CDB, en la que se incluye Ecologistas en Acción, muestran una decepción profunda, ya que en los acuerdos ha quedado totalmente diluida la reclamación de la ciencia y de las organizaciones sociales de que

los flujos financieros privados (corporaciones, bancos y fondos de inversión) y públicos (subsidios e incentivos) que van a inversiones destructoras de la biodiversidad sean identificados y reducidos drásticamente mediante regulaciones internacionales. En este contexto, los 30.000 millones de dólares anuales prometidos para políticas de conservación no llegan a ser ni “un diminuto David frente a Goliat”, declara Ecologistas en Acción, comparados con los 7.000.000 millones (o 7 billones) de dólares que cada año se invierten en destruir la naturaleza, según reconoce el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

Cambio climático y biodiversidad

La cumbre ha aprobado un texto sobre la respuesta coordinada a las crisis climáticas y de biodiversidad, donde se reconoce que el cambio climático y la pérdida de biodiversidad son crisis interdependientes, que deben ser confrontadas de forma coordinada. Asimismo, se ha acordado proponer un grupo de trabajo conjunto de los tres convenios de Río, que reportará sus conclusiones antes de la COP17. Pero es un documento con serias deficiencias que no permite afrontar adecuadamente la gravedad de la situación. La propuesta inicial planteada por el órgano científico alertaba del impacto negativo sobre la biodiversidad de los monocultivos intensivos y plantaciones para agrocombustibles, puesto que sustituyen bosques naturales y cultivos de subsistencia, y pedía implementar salvaguardas para asegurar un enfoque basado en los derechos humanos. Asimismo, se pedía al Secretariado del CDB que recopilase información sobre créditos y compensaciones de biodiversidad, y otros enfoques de mercado y su efecto sobre la biodiversidad. Ninguna de estas propuestas ha prosperado: han quedado fuera del texto final o han sido diluidas seriamente.

El texto aprobado, pese a los intentos de algunas delegaciones como Arabia Saudita o Rusia, se reafirma en la moratoria sobre los experimentos de manipulación masiva del clima. Ecologistas en Acción alerta de los recurrentes intentos de sectores económicos y algunos países para usar tecnologías tan peligrosas como esas.

Amenazas emergentes tecnológicas y de mecanismos mercantilistas

Esta es la COP en la que se han tratado también una serie de tecnologías y mecanismos que, potencialmente, pueden tener un impacto muy negativo en la biodiversidad. El rápido desarrollo de nuevas técnicas de ingeniería genética fue analizado en una resolución sobre biología sintética, mediante la cual se crean microorganismos “a la carta” que no existen en la naturaleza, así como herramientas como los impulsores genéticos, las cuales potencialmente pueden afectar poblaciones silvestres de especies naturales y provocar cambios genéticos masivos en poblaciones enteras de una especie o su extinción dirigida, bajo la justificación de ventajas económicas en un caso o de eliminar vectores biológicos de enfermedades contagiosas en el otro.

En la resolución aprobada se mantuvieron los enfoques dedicados a plantear la biología sintética como una oportunidad de las partes, y se eliminaron una serie de salvaguardas fundamentales. Entre ellas, la petición de incorporar el principio de análisis de perspectivas, monitoreo y asesoramiento de este tipo de tecnologías de un modo multidisciplinario (no únicamente tecnológico), bajo un grupo de trabajo ad hoc, con garantías de independencia de sus miembros y sin conflictos de intereses.

Ecologistas en Acción manifiesta que esta ha sido la COP donde las empresas han tenido una

presencia más masiva y evidente, ocupando espacios, desarrollando presentaciones de sus iniciativas y proyectos, y generando una apabullante presión hacia las delegaciones. El aspecto más evidente ha sido el impulso dado a mecanismos de mercado que, bajo diferentes nombres y modalidades, ponen precio a la biodiversidad y la lanzan a los brazos de los mercados y las empresas. Estos son mecanismos como los créditos de biodiversidad, las compensaciones, o esquemas de “no pérdida neta” o “ganancia neta”. En todos los casos se trata de mecanismos en los cuales se asigna un valor económico a “unidades” de especies o de ecosistemas, que los inversores compran bien sea para volver a vender posteriormente o para compensar la destrucción de ecosistemas supuestamente equivalentes en otro lugar. Este tipo de sistemas, igual que con los créditos de carbono, suponen mercantilizar la naturaleza, tienen profundas incertidumbres operativas desde un punto de vista técnico y suponen un menosprecio a los valores sociales y espirituales que la biodiversidad tiene para los pueblos y comunidades.

Ecologistas en Acción denuncia que este tipo de enfoques suponen repetir los errores cometidos décadas atrás con las emisiones de carbono, que se han demostrado muy ineficientes, y ceden la iniciativa que deberían tener los poderes públicos a la “mano invisible” del mercado, lo cual es inaceptable.

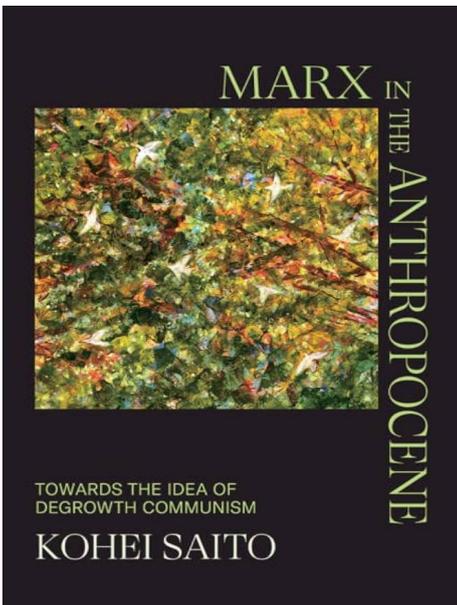
Más aún, la centralidad dada a las empresas ha provocado que el documento sobre Integración de la biodiversidad en todos los sectores haya quedado enfocado a estudiar y promover la implicación del sector privado en financiar la biodiversidad, sin criterios específicos para que los países efectivamente incluyan la biodiversidad en todas sus políticas públicas y regulen los límites al sector privado.

[Fuente: [Ecologistas en Acción](#)]

Daniel Tanuro

Marx, el comunismo y el decrecimiento

A propósito del nuevo libro de Kohei Saito «¡Menos! El decrecimiento es una filosofía»



Kohei Saito vuelve a la carga. En *La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx* (Bellaterra), el marxólogo japonés explicaba cómo el Marx de madurez, concienciado del atolladero ecológico capitalista gracias a los trabajos de Liebig y de Frass, rompió con el productivismo. Su nueva obra, *Marx in the Anthropocene. Towards the Idea of Degrowth Communism* (Cambridge University Press, 2023), continúa esta reflexión.

El libro es excelente y particularmente útil en cuatro cuestiones: la naturaleza de clase, fundamentalmente destructiva, de las fuerzas productivas capitalistas; la superioridad social y ecológica de las (llamadas) sociedades *primitivas*, sin clases; el debate sobre naturaleza y cultura con Bruno Latour y Jason Moore; en fin, el gran error de los *aceleracionistas* que se apoyan en Marx para negar la imperiosa necesidad de un decrecimiento. Estos cuatro aspectos tienen una gran importancia política hoy, no sólo para las y los marxistas preocupados por estar a la altura del desafío ecosocial planteado por la crisis sistémica del capitalismo, sino también para las y los activistas ecológicos. Este libro tiene las mismas cualidades que el precedente: erudito, bien construido y sutil y clarificador en la presentación de la evolución intelectual de Marx después de 1868. Por desgracia, tiene el mismo defecto: da por sentado lo que sólo es una hipótesis. Una vez más, Saito exagera al querer encontrar en Marx la perfecta anticipación teórica de los combates de hoy^[1].

Al comienzo fue la “fractura metabólica”

La primera parte de *Marx en el Antropoceno* profundiza en la exploración del concepto marxista de *fractura metabólica*^[2]. Saito sigue aquí la estela de John B. Foster y de Paul Burkett, que

habían mostrado la inmensa importancia de esta noción[3]. Saito enriquece el análisis al resaltar tres manifestaciones del fenómeno –perturbación de los procesos naturales, falla espacial, hiato entre las temporalidades de la naturaleza y del capital– a las que corresponden tres estrategias capitalistas de elusión –las seudosoluciones tecnológicas, la deslocalización de las catástrofes a los países dominados y el aplazamiento de sus consecuencias a las futuras generaciones (p. 29 y ss.).

El capítulo 1 se ocupa en particular de la contribución al debate del marxista húngaro István Mészáros, que Saito considera decisivo en la reapropiación del concepto de metabolismo a finales del siglo XX. El capítulo 2 se centra en la responsabilidad de Engels al editar los Libros II y III del *Capital*, difundiendo una definición truncada de la *fractura metabólica*, sensiblemente distinta de la de Marx. Para Saito, este cambio, lejos de ser fortuito, traduciría una divergencia entre la visión ecológica de Engels –limitada al temor a las “revanchas de la naturaleza”– y la de Marx –centrada en la necesaria “gestión racional del metabolismo” por medio de la reducción del tiempo de trabajo. El capítulo 3, al tiempo que recuerda las ambigüedades de György Lukács, rinde homenaje a su visión del desarrollo histórico del metabolismo humano-naturaleza, como continuidad y a la vez como ruptura. Para Saito, esta dialéctica, inspirada en Hegel (“identidad entre la identidad y la no-identidad”) es indispensable para diferenciarse tanto del dualismo cartesiano –que exagera la discontinuidad entre naturaleza y sociedad– como del constructivismo social –que exagera la continuidad (la identidad) entre estos dos polos y por eso no puede “mostrar el carácter único de la forma capitalista de organizar el metabolismo humano con el entorno” (p. 91).

Dualismo, constructivismo y dialéctica

La segunda parte de la obra dirige una mirada muy (¿demasiado?) crítica sobre otras ecologías de inspiración marxista. Saito se desmarca de David Harvey, al que achaca una “sorprendente reacción negativa ante el giro ecológico en el marxismo”. De hecho, *Marx en el Antropoceno* incluye algunas citas *sorprendentes* del geógrafo estadounidense: Harvey parece convencido de “la capacidad del capital para transformar todo límite natural en barrera superable”; confiesa que “hablar de los límites y de la rareza ecológica [...] (le) pone tan nervioso políticamente como desconfiado teóricamente”; “las políticas socialistas basadas en la idea de una catástrofe ambiental inminente” serían para él “un signo de debilidad”. Neil Smith, geógrafo como Harvey, “mostraría la misma vacilación ante el ambientalismo”, que califica de “apocalipsis”. Smith es conocido por su teoría de “la producción social de naturaleza”. Saito la rechaza ya que considera que incita a negar la existencia de la naturaleza como entidad autónoma, independiente de los humanos: lo deduce de la afirmación de Smith de que “la naturaleza no es nada si no es social” (p. 111). En general, Saito ataca las concepciones constructivistas planteando que “la naturaleza es una presunción objetiva de la producción”. No hay duda alguna de que esta visión era también la de Marx. El hecho incontestable de que la humanidad forma parte de la naturaleza no significa ni que todo lo que hace esté dictado por su *naturaleza*, ni que todo lo que la naturaleza hace esté construido por *la sociedad*.

Destrucción ecológica: ¿los “actores” o el beneficio?

En el marco de esta polémica, el autor dedica algunas páginas muy duras a Jason Moore. Admite que la noción de Capitaloceno “supone un avance respecto al concepto de *producción social de naturaleza*”

”, porque pone el acento en las interacciones humanidad/entorno. Pero reprocha a Moore agrupar a humanos y no humanos como *actores* que trabajan en red para producir un conjunto intrincado, “híbrido” según Bruno Latour. Es un tema importante. En efecto, Moore considera que distinguir una *fractura metabólica* dentro del conjunto-red es un contrasentido, el producto de una visión dualista. Ahora bien, la noción de *metabolismo* designa la manera como órganos distintos de un mismo organismo contribuyen específicamente al funcionamiento del todo. Es lo contrario del dualismo (como también del monismo) y se vuelve a la fórmula de Hegel: hay “identidad de la identidad y de la no-identidad”. *Marx en el Anthropoceno* ataca también las tesis de Moore por otro ángulo: el del trabajo. Para Moore, el capitalismo se mueve por la obsesión de la “*cheap nature*” (naturaleza barata), que según él engloba la fuerza de trabajo, la energía, los bienes alimentarios y las materias primas. Moore se reclama de Marx, pero está claro que su *cheap nature* escamotea el papel exclusivo del trabajo abstracto en la creación de plusvalor, así como el papel clave de la carrera por el plusvalor en la destrucción ecológica. Pero el valor no es un *actor híbrido* entre otros. Como dice Saito, es “puramente social” y por medio de él el capitalismo “domina los procesos metabólicos de la naturaleza” (pp. 121-122).

Está claro que la carrera por el beneficio agudiza la fractura metabólica, al exigir cada vez más energía, fuerza de trabajo, productos agrícolas y materias primas *baratas*. Evidentemente, de todos los recursos naturales que el capital transforma en mercancías, la fuerza de trabajo *antrópica* es la única capaz de crear un índice tan puramente *antrópico* como el valor abstracto. Como dice Saito: “precisamente porque la naturaleza existe independiente y previa a todas las categorías sociales, y sigue manteniendo su no-identidad con la lógica del valor, la maximización del beneficio produce una serie de discordancias en el seno del metabolismo natural”. Por consiguiente, la *fractura* no es una metáfora, como pretende Moore. “Existe efectivamente una fractura entre el metabolismo social de las mercancías y de la moneda, y el metabolismo universal de la naturaleza” (ibid.). “No por dualismo cartesiano, Marx describía de manera dualista la fractura entre el metabolismo social y el metabolismo natural –así como la fractura entre el trabajo productivo y el trabajo improductivo. Lo hizo de forma consciente, porque las relaciones únicamente sociales del capitalismo ejercen un poder extranatural (*alien power*) en la realidad; un análisis crítico de esta potencia social requiere inevitablemente separar lo social y lo natural en tanto que ámbitos de investigación independientes y analizar después su encaje.” (p. 123)

Incomparable. No hay ninguna duda, una vez más, de que ésta era para Marx la visión del *encaje* de lo social en lo ambiental.

Aceleracionismo vs. antiproduktivismo

El capítulo 5 polemiza con otra variedad de marxistas: los “aceleracionistas de izquierda”. Según estos autores, los desafíos ecológicos sólo pueden ser resueltos multiplicando el desarrollo tecnológico, la automatización, etc. Esta estrategia, en su opinión, es conforme al proyecto marxiano: hay que derribar los obstáculos capitalistas al crecimiento de las fuerzas productivas para posibilitar una sociedad de la abundancia. Esta parte del libro es muy interesante porque clarifica la ruptura con el productivismo y el prometeísmo de los años de juventud. La ruptura no es probablemente tan neta como lo pretende Saito^[4], pero hubo sin duda un giro. En *El Manifiesto comunista*, Marx y Engels explicaban que el proletariado debía “tomar el poder para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, centralizar todos los medios de producción en manos del Estado y aumentar lo más rápido posible la cantidad de fuerzas productivas”^[5]. Llama la

atención que la perspectiva de este texto es muy estatalista y que considera las fuerzas productivas como socialmente neutras; forman un conjunto de cosas que debe cambiar de manos (debe ser “arrancado poco a poco a la burguesía”) para crecer de forma cuantitativa.

Por tanto ¿tienen razón por tanto los aceleracionistas al apoyarse en Marx? No, porque Marx abandonó la concepción expuesta en el *Manifiesto*. Kohei Saito llama la atención sobre el hecho de que *El Capital*, su gran obra, ya no trata de las “fuerzas productivas” en general (ahistóricas), sino de fuerzas productivas históricamente determinadas: las fuerzas productivas capitalistas. El largo capítulo XII del Tomo I, Vol. 2 (“Maquinismo y gran industria”) desglosa los efectos destructivos de dichas fuerzas, tanto en el plano social como en el ambiental. Se podría añadir: no es fortuito que este capítulo acabe precisamente con la siguiente frase, digna de un manifiesto ecosocialista moderno: “La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso de producción social agotando al mismo tiempo las dos fuentes de las que nace toda riqueza: la tierra y el trabajador”. Ya no se trata de neutralidad de las tecnologías. El capital ya no es entendido como una cosa, sino como una relación social de explotación y de destrucción, que debe ser destruido (“negación de la negación”). Señalemos que Marx, después de la *Commune* de París, precisará que romper con el productivismo requiere también romper con el estatalismo.

Es sorprendente que Kohei Saito no recuerde la frase citada del *Manifiesto*, donde se exhorta al proletariado a tomar el poder para “aumentar lo más rápido posible la cantidad de fuerzas productivas”. Eso habría dado más relieve aún a su demostración del cambio ulterior. Pero poco importa: el hecho es que el giro es real y desemboca en el Libro III de *El Capital* en una magnífica perspectiva de revolución en permanencia, resueltamente anti-productivista y anti-tecnocrática:

La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana (*El Capital*, T. 3, Vol. 8, p. 1044).

La evolución es clara. El paradigma de la emancipación humana ha cambiado: ya no consiste en el crecimiento de las fuerzas productivas sino en la gestión racional de los intercambios con la naturaleza y entre los seres humanos.

Subsunción formal y subsunción real del trabajo

Las páginas más ricas de *Marx en el Antropoceno* son, en mi opinión, aquellas en que Saito muestra que el nuevo paradigma marxiano de la emancipación es resultado de un amplio esfuerzo de crítica de las formas sucesivas que el capital ha impuesto al trabajo. Aunque formando parte de los trabajos preparatorios de *El Capital*, esta crítica no se publicará hasta más tarde (*Manuscritos económicos de 1861-1863*). Su punto clave es la importante noción de subsunción del trabajo por el capital. Insistimos de paso: la subsunción es más que la sumisión: subsumir implica integrar lo que está sometido a quien lo somete. El capital subsume al trabajo asalariado puesto que integra la fuerza de trabajo como capital variable. Pero, para Marx, hay subsunción y subsunción: el paso de la manufactura al maquinismo y a la gran industria implica el paso de la “subsunción formal” a la “subsunción real”. La primera significa simplemente que el capital toma el control del proceso de trabajo que existía antes, sin aportar cambio ni en su organización ni en su carácter tecnológico. La segunda se instala a partir del momento en que el capital revoluciona completamente y sin parar el proceso de producción –no sólo en el plano

tecnológico sino también en el plano de la cooperación—, es decir, de las relaciones productivas entre trabajadores y entre trabajadores y capitalistas. Se crea así un modo de producción específico, sin precedente, por entero adaptado a los imperativos de la acumulación del capital. Un modo en el cual, al contrario que en el precedente, “el mando del capitalista se vuelve indispensable para la realización del propio proceso de trabajo”. (p. 148).

Saito no es el primero en apuntar el carácter de clase de las tecnologías. Daniel Bensaïd destacaba la necesidad de que “las propias fuerzas productivas sean sometidas a un examen crítico”[6]. Michael Löwy defiende que no basta con destruir el aparato de Estado burgués —también el aparato productivo capitalista debe ser desmantelado[7]. Pero hay que agradecer a Saito ceñirse lo más posible al texto de Marx para resumir las implicaciones en cascada de la subsunción real del trabajo: “aumenta considerablemente la dependencia de los trabajadores respecto del capital”; “las condiciones objetivas para que los trabajadores realicen sus capacidades les aparecen cada vez más como un poder extranjero, independiente”; “por el hecho de que el capital en tanto que trabajo objetivado —medios de producción— emplea trabajo vivo, la relación del sujeto y del objeto se invierte en el proceso de trabajo”; “al estar el trabajo encarnado en el capital, el papel del trabajador se reduce al de simple portador de la cosa reificada —los medios de preservar y valorizar el capital al lado de las máquinas— mientras que la cosa reificada adquiere la apariencia de la subjetividad, poder extranjero que controla el comportamiento y la voluntad de la persona”; “siendo el aumento de las fuerzas productivas posible sólo a iniciativa del capital y bajo su responsabilidad, las nuevas fuerzas productivas del trabajo social no aparecen como las fuerzas productivas de los mismos trabajadores, sino como las fuerzas productivas del capital”; “el trabajo vivo se convierte (así) en un poder del capital, cualquier desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo es un desarrollo de las fuerzas productivas del capital”. Se imponen dos conclusiones no productivistas y no tecnocráticas: 1º “el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo no hace sino aumentar el poder exterior del capital, despojando a los trabajadores de sus competencias subjetivas, de su saber y de su visión, no abre automáticamente la posibilidad de un futuro radiante”; 2º el concepto marxiano de fuerzas productivas es más amplio que el de fuerzas productivas capitalistas —incluye capacidades humanas tales como las competencias, la autonomía, la libertad y la independencia y por tanto es a la vez cuantitativo y cualitativo” (p. 149-150).

¿Qué materialismo histórico? ¿Qué abundancia?

Estos desarrollos llevan a Kohei Saito a preguntarse por el materialismo histórico. Es sabido que el *Prefacio a la Crítica de la Economía Política* contiene el único resumen que hizo Marx de su teoría. Dice:

En un determinado estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo seno se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en obstáculos. Entonces se abre un período de revolución social [8].

Parece claro que Marx no podía adherirse literalmente a esta formulación –y aún menos a la del *Manifiesto* sobre el aumento cuantitativo de las fuerzas productivas– desde el momento en que su análisis le llevaba a concluir que el desarrollo de dichas fuerzas refuerza el dominio del capital y mutila la iniciativa de aquellos a quienes explota. Como dice Saito:

No se puede asumir que una revolución socialista pueda simplemente reemplazar las relaciones de producción por otras, una vez alcanzado un cierto nivel de fuerzas productivas. Puesto que las fuerzas productivas del capital engendradas por la subsunción real son materializadas y cristalizadas en el modo capitalista de producción, desaparecerían al mismo tiempo que el modo de producción.

Transferir la propiedad del capital al Estado no cambiaría el problema: al no cambiar las fuerzas productivas, 1º) las tareas de concepción deberían ser aseguradas por una “clase burocrática”, 2º) continuaría la destrucción ecológica. El autor concluye que “la subsunción real plantea un problema difícil de *gestión socialista libre*. La visión tradicional del materialismo histórico, sintetizada en el *Prefacio*, no da ninguna pista de solución” y “Marx no ha aportado una respuesta definitiva a estas cuestiones, ni siquiera en *El Capital*, de manera que debemos ir más allá.” (pp. 157-158).

“Ir más allá” es lo que se propone en la tercera parte de su obra, y lo que suscita más polémica. La cuestión de partida es sencilla: si la emancipación no pasa por el libre crecimiento de las fuerzas productivas, lo que Daniel Bensaid denominaba el “comodín de la abundancia” (*op. cit.*), ¿por dónde podría pasar? Por “la reducción de escala y la desaceleración de la producción”, responde Saito (p. 166). Para el autor, en resumen, la abundancia debe entenderse no como plétora de bienes materiales privados –según el modelo consumista y a la vez excluyente de la acumulación de mercancías accesibles únicamente para la demanda solvente– sino como profusión de riquezas sociales y naturales comunes. Sin ello, “la opción restante es el control burocrático de la producción social, que ocasionó el fracaso de la vía soviética” (p. 166).

Decrecimiento, economía estacionaria y transición

Marx en el Antropoceno aboga por tanto por un “comunismo decrecentista”, profundamente igualitario, centrado en la satisfacción de las necesidades reales. Según Saito, éste era el comunismo de las llamadas comunidades *arcaicas*, algunos de cuyos rasgos han subsistido mucho tiempo bajo formas más o menos degradadas en sistemas agrarios basados en la propiedad colectiva de la tierra, sobre todo en Rusia. Para el Marx de madurez, se trataba de mucho más que de supervivencias del pasado: estas comunidades muestran que después de haber “expropiado a los expropiadores”, la sociedad, para abolir toda dominación, deberá progresar hacia una forma más elevada de la comunidad *arcaica*. Me adhiero plenamente a esta perspectiva, pero con una precisión: Saito fuerza demasiado las cosas al pretender que “14 años de estudio serio de las ciencias naturales y de las sociedades precapitalistas” habrían llevado a Marx en 1881 a avanzar “su idea del comunismo decrecentista” (p. 242). Esta afirmación es excesiva. Tomada literalmente, no se basa en ningún documento conocido. Por ello, para, a pesar de todo, darle una pizca de plausibilidad (y aun en este caso: ¡a condición de formularla como hipótesis, no como certidumbre!) Saito se ve obligado a recurrir a una sucesión de amalgamas: tiene que hacer como si la crítica radical de la acumulación capitalista por Marx fuese lo mismo que la economía estacionaria, como si las comunidades *arcaicas* fuesen estacionarias y como si la economía estacionaria fuese lo mismo que el decrecimiento. Hay

mucho *sí*, pasa por alto diferencias esenciales... y no nos hace avanzar en el debate sobre los retos del decrecimiento en el sentido en que se discute hoy entre anticapitalistas, es decir, en el sentido literal de la reducción de la producción impuesta objetivamente por el cambio climático. Veámoslo más de cerca.

Dejemos de lado el PIB y consideremos únicamente la producción material: una sociedad post-capitalista en un país muy pobre rompería con el crecimiento capitalista pero debería aumentar la producción durante un cierto período para poder responder a la enorme masa de necesidades reales insatisfechas; una economía estacionaria utilizaría cada año la misma cantidad de recursos naturales para producir la misma cantidad de valores de uso con las mismas fuerzas productivas; en cuanto a una economía decreciente, reduciría las extracciones y la producción. Poniendo un signo de igualdad entre estas dos formas, Kohei Saito mantiene una lamentable confusión. “Debería quedar claro ahora, escribe, que el socialismo promueve una transición social hacia una economía de decrecimiento” (p. 242). Está muy mal formulado, porque el decrecimiento no es un proyecto de sociedad, sino justo una condición que pesa sobre la transición. Una “economía de decrecimiento”, como tal, no quiere decir nada. Algunas producciones deberían crecer y otras disminuir en el seno de una asignación global decreciente. Para ceñirse al diagnóstico científico sobre el cambio climático, hay que decir más o menos esto: planificar democráticamente un decrecimiento justo es el único medio de transitar racionalmente hacia el ecosocialismo. Dado que debe ser construido un nuevo sistema energético 100% renovable con la energía del sistema actual (que es en un 80% fósil, fuente por tanto de CO₂), sólo caben en términos generales dos estrategias posibles para suprimir las emisiones: o reducir radicalmente el consumo final de energía (lo que implica producir y transportar globalmente menos) adoptando medidas anticapitalistas fuertes (contra el 10%, y sobre todo el 1% más rico); o apostar por la compensación carbono y el despliegue masivo en el futuro de hipotéticas tecnologías de captura-almacenamiento de carbono, de captura-utilización o de geoingeniería, esto es, por soluciones de aprendices de brujos que implican aún más desposesiones, desigualdades sociales y destrucciones ecológicas. Proponemos la expresión *decrecimiento justo* como eje estratégico de los marxistas antiproductivistas de hoy. Hacer del decrecimiento un sinónimo de la economía estacionaria no es una opción porque equivale a reducir el volumen de la alarma de incendio.

La comuna rural rusa, la revolución y la ecología

La perspectiva de un decrecimiento justo debe mucho al enorme trabajo pionero de Marx, pero no tiene sentido afirmar que él fue su creador, porque Marx nunca abogó explícitamente por una disminución neta de la producción. Para convertirlo en padre del “comunismo decreciente”, Saito se basa casi exclusivamente en un texto famoso y de una importancia excepcional: la carta a Vera Zasulich^[9]. En 1881, la populista rusa había pedido a Marx, por correo, su opinión sobre la posibilidad de apoyarse en Rusia en la comuna campesina para construir directamente el socialismo sin pasar por el capitalismo. La traducción rusa de *El Capital* había desencadenado un debate sobre esta cuestión entre los opositores al zarismo. Marx redactó tres borradores de respuesta. Éstos confirman su ruptura profunda con la visión lineal del desarrollo histórico y, por tanto, también con la idea de que los países capitalistas más avanzados serían los más cercanos al socialismo. Al respecto, la última frase es clara como agua cristalina:

Si la revolución se hace en tiempo oportuno, si concentra todas sus fuerzas para asegurar el libre desarrollo de la comuna rural,

ésta evolucionará pronto como un elemento regenerador de la sociedad rusa y como elemento de superioridad sobre los países subyugados por el régimen capitalista.

Para Saito, este texto significa que la degradación capitalista del entorno había conducido a Marx, después de 1868, a “abandonar su esquema de materialismo histórico anterior. No fue una tarea cómoda para él”, dice. “Su visión del mundo estaba en crisis. En este sentido, (sus) investigaciones intensivas de sus últimos años (sobre las ciencias naturales y sobre las sociedades precapitalistas, D. T.) eran un intento desesperado de reconsiderar y de reformular su concepción materialista de la historia a partir de una perspectiva enteramente nueva, derivada de una concepción radicalmente nueva de la sociedad alternativa” (p. 173). “Catorce años de investigaciones” habían llevado a Marx “a concluir que la sostenibilidad y la igualdad basadas en una economía estacionaria son la fuente de la capacidad (*power*) de resistencia al capitalismo”. Habría comprendido por tanto “la oportunidad de formular una nueva forma de regulación racional del metabolismo humano con la naturaleza en Europa occidental y en Estados Unidos”: “la economía estacionaria y circular sin crecimiento económico, que antes había rechazado como estabilidad regresiva de las sociedades primitivas sin historia” (pp. 206-207).

¿Qué pensar de esta reconstrucción del itinerario del pensamiento marxista con salsa ecologista? La narrativa puede gustar mucho en algunos medios, es evidente. Pero ¿por qué esperó Marx hasta 1881 para expresarse sobre esta cuestión clave? ¿Por qué lo hizo solamente a través de una carta? ¿Por qué esta carta requirió tres borradores sucesivos? Si de verdad había comenzado Marx a “revisar su esquema teórico en 1860 como consecuencia de la degradación ecológica” (p.204), y si de verdad el concepto de fractura metabólica había servido de “mediación» en sus esfuerzos de ruptura con el eurocentrismo y el productivismo” (p. 200), ¿cómo explicar que la superioridad ecológica de la comuna rural sólo se cite una vez en la respuesta a Zasulich? *Last but not least*: aunque no se puede excluir que la última frase de esta respuesta proyecte la visión de una economía post-capitalista estacionaria para Europa occidental y Estados Unidos, no era el caso de Rusia; Marx insistía mucho en el hecho de que sólo beneficiándose del nivel de desarrollo de los países capitalistas desarrollados podría el socialismo en Rusia “asegurar el libre desarrollo de la comuna rural”. Al final, la intervención de Marx en el debate ruso parece desprenderse mucho más de su admiración por la superioridad de las relaciones sociales en las sociedades “arcaicas”^[10] y de su compromiso militante en la internacionalización de la revolución que de la centralidad de la crisis ecológica y de la idea del “comunismo decrecentista”.

“Ofrecer algo positivo”

La afirmación categórica de que Marx habría inventado ese “comunismo decrecentista” para reparar la “fractura metabólica” es tan excesiva que habría que preguntarse por qué Kohei Saito la formula como conclusión de una obra que tiene cosas tan excelentes. La respuesta se da en las primeras páginas del capítulo 6. Ante la urgencia ecológica, el autor plantea la necesidad de una respuesta anticapitalista, considera que las interpretaciones productivistas del marxismo son “insostenibles”, constata que el materialismo histórico es “impopular hoy día” entre los ambientalistas y piensa que es una lástima (*a pity*), porque éstos tienen “un interés común en criticar el insaciable deseo de acumulación del capital, aunque sea a partir de puntos de vista diferentes” (p. 172). Para Saito, los trabajos que muestran que Marx se apartó de las concepciones lineales del progreso histórico, o que se interesó por la ecología, “no bastan para demostrar a los no marxistas que deben prestar atención hoy al interés de Marx por la ecología.

Hay que “tener en cuenta tanto los problemas del eurocentrismo como del productivismo para que se vuelva convincente una interpretación completamente nueva del Marx de la madurez” (p. 199). “Los investigadores deben ofrecer sobre esto algo positivo”, “elaborar sobre su visión positiva de la sociedad post-capitalista” (p. 173). ¿Se trata por tanto de ofrecer de manera convincente esta interpretación “completamente nueva”, describiendo a un Marx que funda sucesivamente, y con algunos años de distancia, el “ecosocialismo” y después el “comunismo del decrecimiento”? Me parece más cercano a la verdad, y por tanto más convincente, considerar que Marx no era ni ecosocialista ni decrecentista, en el sentido contemporáneo de estos términos. Esto no quita nada al hecho de que su penetrante crítica del productivismo capitalista y su concepto de “fractura metabólica” son decisivos para comprender la urgente necesidad actual de un “decrecimiento justo”.

Querer hacer entrar a la fuerza el decrecimiento en el pensamiento de Marx resulta anacrónico. Además, tampoco es necesario. Ciertamente, no se puede defender el decrecimiento justo y mantener en paralelo la versión productivista cuantitativista del materialismo histórico. Por contra, el decrecimiento justo se integra sin dificultad en un materialismo histórico que considera las fuerzas productivas en sus dimensiones cuantitativas y cualitativas. En cualquier caso, no necesitamos el aval de Marx ni para admitir la necesidad de un decrecimiento justo, ni más en general para ampliar y profundizar su “crítica inacabada de la economía política”.

El problema de la apología

Hay que preguntarse por la utilidad de una crítica de las exageraciones de Saito. Se puede decir: lo esencial es que “(este) libro proporciona un alimento útil a los socialistas y a las y los activistas ambientales, independientemente de las opiniones (o del interés mismo de tener una opinión) sobre la cuestión de si Marx era de verdad un comunista decreciente o no”^[11] Esto es lo esencial, en efecto, y hay que repetirlo: *Marx en el Antropoceno* es una obra excelente, sobre todo porque sus desarrollos sobre los cuatro puntos mencionados en la introducción de este artículo son de gran actualidad e importancia. Sin embargo, no hay que subestimar el debate sobre lo que Marx dijo o no porque se refiere a la metodología a emplear en la elaboración de las herramientas intelectuales necesarias para la lucha ecosocialista. Pero esta cuestión concierne también a las y los activistas no marxistas.

El método de Kohei Saito tiene un defecto: es apologético. Este rasgo ya era perceptible en *El ecosocialismo de Marx*: aunque el subtítulo de la obra señalaba la “crítica inacabada de la economía política”, el autor dedicaba paradójicamente todo un capítulo a hacer como si Marx, después de *El Capital*, hubiera desarrollado un proyecto ecosocialista completo. *Marx en el Antropoceno* sigue el mismo camino, pero de manera aún más clara. Tomadas en conjunto, las dos obras dan la impresión de que Marx, en los años 1870, habría acabado por considerar la perturbación del metabolismo humanidad-naturaleza como la contradicción central del capitalismo, que primero habría deducido un proyecto de crecimiento ecosocialista de las fuerzas productivas, que después habría abandonado, hacia 1880-81, para trazar una nueva vía: el “comunismo decrecentista”. He intentado mostrar que esta narración es muy cuestionable.

Uno de los problemas de la apología es sobreestimar mucho la importancia de los textos. Por ejemplo, Saito da una importancia desproporcionada a la modificación por Engels del pasaje de *El Capital*, Libro III, donde Marx habla de la “fractura metabólica”. La dominación de las

interpretaciones productivistas del materialismo histórica durante el siglo XX no se explica sobre todo por esta modificación: deriva principalmente del reformismo de las grandes organizaciones y de la subsunción de proletariado por el capital. Luchar contra esta situación, articular las resistencias sociales para poner en crisis la ideología del progreso en el seno mismo del mundo del trabajo es hoy día la principal tarea estratégica de los ecosocialistas. Las respuestas hay que buscarlas en las luchas y en el análisis de las luchas, más que en los blocs de notas de Marx.

Y lo que es más fundamental, la apología tiende a flirtear con el dogmatismo. “Marx lo dijo” se convierte fácilmente en el mantra que impide ver y pensar como marxista sobre lo que Marx no dijo. Porque, evidentemente, no dijo todo. Si hay alguna lección metodológica a sacar de su monumental obra es que la crítica es fértil y el dogma es estéril. La capacidad del ecosocialismo para responder a los formidables desafíos de la catástrofe ecológica capitalista dependerá no sólo de su fidelidad sino también de su creatividad y su capacidad de romper, incluso con sus propias ideas anteriores, como hizo Marx cuando era necesario. No se trata sólo de pulir cuidadosamente la ecología de Marx, sino también y sobre todo de desarrollarla y radicalizarla.

[Fuente: [Viento Sur](#). Publicado originalmente en *Actuel Marx*, 2024, n.º 76]

1. Ver mi artículo en *Viento Sur* “[¿Era Marx ecosocialista?](#)”. [?](#)
2. “Con la preponderancia incesantemente creciente de la población urbana, acumulada en grandes centros por la producción capitalista, ésta por una parte acumula la fuerza motriz histórica de la sociedad, y por otra perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra, esto es, el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el hombre bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo” (*El Capital*, T 1, Vol. 2, p. 611). [?](#)
3. Leer, en particular, Paul Burkett, *Marx and Nature. A Red and Green Perspective*. Palgrave Macmillan, 1999. John Bellamy Foster, *Marx’s Ecology. Materialism and Nature*, Monthly Review Press, 2000 [*La ecología de Marx*, El viejo topo, 2000]. [?](#)
4. Ya en *La Ideología alemana* (1845-46) se puede leer: “llega un estadio en el desarrollo en que nacen fuerzas productivas y medios de circulación [...] que ya no son fuerzas productivas sino fuerzas destructivas (el maquinismo y el dinero)”. Karl Marx y Friedrich Engels, *La Ideología alemana*, Grijalbo, 1970. [?](#)
5. Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*. [?](#)
6. Daniel Bensaid, «Introducción crítica a *Introducción al marxismo*» de Ernest Mandel, 2e edición, ed. Formación Lesoil, en línea en [contretemps.eu](#) [?](#)
7. Michael Löwy, *Ecosocialisme. L’alternative radicale à la catastrophe écologique capitaliste*, Mille et une nuits, 2011, p. 39. [?](#)
8. Marx-Engels, *Œuvres choisies*, Tomo 1, p. 525 [?](#)
9. Marx y Engels, *Œuvres choisies*, *op. cit.* tomo 3, p. 156 [?](#)
10. Una opinión compartida por Engels: cf. en particular su admiración por los zulús frente a los ingleses, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. [?](#)
11. Diana O’Dwyer, “Was Marx a Degrowth Communist”, <https://rupture.ie> [?](#)

Carmen Heredero y Antonio Antón

Ante el «caso Errejón», más feminismo, no menos

Con el 'caso Errejón' y sus derivadas sociopolíticas estamos ante un tema complejo con diversas aristas. Nos parece conveniente, por tanto, profundizar en él para distinguir entre los temas importantes y los secundarios y discernir el enfoque analítico y la valoración sociopolítica, ética, ideológica y jurídica.

La realidad muestra la expresión de la prepotencia machista, que alcanza a dirigentes políticos progresistas, así como la justa indignación feminista y cívica, la exigencia masiva de responsabilidades frente a la violencia machista y el refuerzo del consentimiento, la libertad sexual y las relaciones de igualdad entre los sexos. Queda en entredicho la legitimidad ética, feminista y democrática de las cúpulas de unas organizaciones progresistas.

El problema principal es la persistencia de la desigualdad de género y el abuso de poder machista de ciertos varones para imponer y preservar sus ventajas relacionales, acompañado de la permisividad o la inacción de distintos sectores sociales, así como de ciertas estructuras jerárquicas y patriarcales. Frente a ello, nos encontramos con una mayor conciencia feminista y el empoderamiento de la mayoría de las mujeres, que avanzan en sus derechos igualitarios, lo que posibilita que las mujeres «rompan el silencio», denunciando sus experiencias de abuso, y que amplios sectores sociales exterioricen su rechazo al machismo.

Cuando, como en este caso, el conflicto entre ambas convicciones y actores sociales que las representan tiene una gran importancia social, institucional o mediática, adquiere mayor relevancia simbólica, cultural y educativa. Se están percibiendo la orientación y la profundidad de los cambios de conducta y de mentalidades, la repulsa frente a las desventajas de estatus debidas al género, especialmente ante varones poderosos, así como el avance en las relaciones igualitarias. Y ofrece al conjunto de la sociedad y al propio feminismo la oportunidad para una reflexión de sentido político, particularmente, en relación con los procesos de legitimación de los actores políticos e institucionales.

Son muchos los aspectos que intervienen, como en otros casos como el de la Manada de Pamplona y el de Jenni Hermoso y las mundialistas. Gracias a la importante respuesta social a todos ellos se ha ido conformado esta expresión específica de la actual ola feminista contra la violencia machista. Se refuerza la cultura y la norma del consentimiento en las relaciones sexuales, como garantía para la libertad sexual, y el imprescindible respeto a la diversidad de prácticas sexuales desde la voluntariedad, siendo secundarios los supuestos excesos del feminismo en la condena a la violencia machista. En esta ocasión se ha hecho hincapié, además, en otros valores universales como la solidaridad relacional, que conlleva el respeto y el reconocimiento de la otra persona, la reciprocidad y la ética de los cuidados. Y ello constituye la marea de fondo de la amplia sensibilidad feminista que se ha expresado con contundencia en este caso, que demuestra su vigencia y la importancia de consolidarla, como garantía para seguir avanzando.

El foco del problema y la respuesta justa

Durante estos días ha habido múltiples interpretaciones sobre los hechos y las soluciones. Hay una pugna analítica por situar el marco del problema, del que se deduciría la respuesta. Valgan estas líneas sobre algunos argumentos publicados que consideramos desenfocados, para la reflexión oportuna.

Estamos ante un colapso moral, sí: el comportamiento machista en sus relaciones sexuales de un gran referente político progresista y supuestamente feminista que, una vez rota su impunidad y destapada su conducta agresiva reiterada, intenta relativizarla, echando balones fuera sobre sus causas, sin responsabilizarse de ella y sin apostar claramente por corregirla. No parece ser un hecho aislado, por otra parte, sino un patrón continuado de dominación impositiva desde posiciones de poder, al menos de una década, según los testimonios aparecidos. Es una actitud antifeminista, de abuso de poder y de falta de ética y coherencia política. Por el contrario, la denuncia pública y el clamor crítico existentes expresan un hecho positivo: la amplia conciencia feminista, base de una justa indignación moral y política, de la que hemos hablado antes.

Por otro lado, se observa el inadecuado tratamiento de la dirección de las organizaciones a las que ha pertenecido —Más Madrid/Sumar— con su pacto de silencio sobre esa conducta agresiva, conocida públicamente, al menos, desde la campaña preelectoral del 23 de julio de 2023. Una reconocida insuficiencia, motivada por la prioridad de los intereses partidistas, en previsión de su negativo impacto electoral. Esa inacción se agravó incluso con su amparo institucional y el posterior ascenso en su representación, hasta que ha explotado mediáticamente, tras la credibilidad de los testimonios y el reconocimiento de los hechos por el propio diputado. Es en este momento cuando esas direcciones se desentienden del portavoz parlamentario y se le exige su dimisión. Se le atribuyen responsabilidades individuales y se persigue el control de daños colectivos. Se ha hundido el prestigio de un personaje político con pies de barro, que había sido alabado y aupado por esos mismos actores fácticos. La prioridad del interés partidista ahora exige ese distanciamiento: ya no suma, sino que resta al proyecto político.

Ni la denuncia pública ni la exigencia de dimisión pueden considerarse de ninguna manera linchamiento, sino justa indignación social. Por el contrario, es ese comportamiento machista y su intento de justificación posterior, junto con el descrédito público que han provocado, lo que le incapacitan para desempeñar una función pública y representativa, al menos por un periodo largo, sin presuponer su capacidad de recuperación. Tampoco se puede hablar de punitivismo en la respuesta social, a expensas de lo que la justicia, con todo tipo de garantías procesales, dictamine. Su dimisión forzada/voluntaria es justa y el reproche moral y cívico, expuesto globalmente por la izquierda y el feminismo, es equitativo, adecuado a la dimensión de la falta y la relevancia de su trascendencia política. No hay condena civil de por vida; sencillamente, ha merecido terminar una etapa como líder político progresista.

Somos conscientes de que, también, desde algunas redes sociales, se ha aprovechado el caso para divulgar posiciones reaccionarias contra la diversidad sexual, exigir penas desproporcionadas o, simplemente, insultar y descalificar a las izquierdas, al feminismo, incluso a las propias mujeres que denuncian. Por supuesto, existen bulos, desinformación y calumnias, en este ambiente de crispación política y ofensiva mediática y judicial de las derechas extremas, que han tenido impacto en varias esferas y personas progresistas. Las derechas políticas y mediáticas pretenden incrementar sus beneficios electorales y de influencia a costa de la

incongruencia política y feminista del personaje. Hay que rechazar esa dinámica acusatoria sin fundamento y por motivos espurios y garantizar la democracia, los derechos humanos y el estado de derecho.

Ahora bien, el grueso de la opinión publicada en los medios progresistas, liderada por varias periodistas feministas, no supone linchamiento moral ni punitivismo ni desconsideración a los derechos humanos. Denota, más bien, lucidez analítica y normativa y en, todo caso, frustración por la persistencia machista y la hipocresía existentes en determinados componentes de las cúpulas de la izquierda. Frente a los discursos manipuladores de las derechas, la posición socialista, la morada y la de otras fuerzas de izquierda han sido prudentes al avalar la dimisión y señalar sus responsabilidades. La rotunda expresión del feminismo, rechazando esa actuación machista y prepotente, tampoco es la responsable del perjuicio colectivo que para las bases sociales progresistas y el proyecto de cambio encarnaba este portavoz parlamentario de Sumar.

Avanzar en la transformación feminista y democrática

Así pues, no es admisible intentar cambiar el foco de la conversación pública, poniendo el acento en la crítica a las exigencias feministas y cívicas. Ello solo impide la obtención de un diagnóstico real de los hechos y, en consecuencia, evita la asunción de responsabilidades políticas y orgánicas, así como la adopción de las necesarias medidas correctoras y la oportunidad de cuestionar las relaciones sustentadas en el dominio masculino para establecer unas relaciones igualitarias, tanto en la sociedad en su conjunto como en el seno de las organizaciones sociales. Es una oportunidad para transformar las estructuras partidarias en un sentido feminista y democrático.

Minusvalorar el hecho fundamental o su tolerancia en los aparatos partidarios, así como justificarlo con causas estructurales —el patriarcado, el neoliberalismo, la responsabilidad institucional...—, al estilo de la propia carta auto justificativa de Errejón, solo añade gravedad ética y política a quienes esto sostiene. ¿Se pretende con ello evitar las responsabilidades políticas, individuales y colectivas, con sus negativos efectos electorales e institucionales? No creemos que esto sea posible. Pensamos, sin embargo, que este discurso, que no contempla una profunda crítica de lo acontecido, solo abunda en la desconfianza pública, al menos, de los sectores feministas y de izquierdas, sus bases sociales, con el efecto de su desapego.

Siguiendo las pautas de la cultura cristiana, todavía influyente en gran parte de la sociedad, ni se ha hecho examen de conciencia —no se ha reconocido suficientemente el daño causado a las víctimas, al feminismo y al espacio político del cambio—, ni ha habido dolor de los pecados —no se ha mostrado pesar por el lamentable comportamiento machista—, ni ha habido propósito de la enmienda. Solo existe la merecida penitencia pública impuesta, y esto es algo que no se puede deslegitimar desde una perspectiva feminista y democrática, porque representa la respuesta social contra la lacra de la violencia machista y en defensa de los derechos humanos.

Hemos asistido a unos hechos que merecen ser calificados como falta social y, quizás, como delito: ahí están los tribunales para juzgarlo, con las garantías jurídicas pertinentes, incluidas la reparación y la justicia restaurativa. Ambas repuestas —la social y la jurídica— son complementarias y deben ser proporcionales, con la mirada puesta en la reparación de las víctimas y en la recuperación del propio victimario, así como en la ejemplaridad pública, la educación moral igualitaria y feminista de la sociedad y el respeto a los derechos humanos.

La amplia conciencia feminista, fortalecida en esta cuarta ola y reforzada por el criterio del consentimiento en las relaciones sexuales, ha supuesto una exigencia ética extraordinaria para evitar el silencio o la contemporización y está siendo una intervención positiva para la política y el feminismo, no negativa.

El intenso debate de las últimas semanas en torno al ‘caso Errejón’ está sirviendo para reforzar la agencia femenina en las relaciones sexuales, dado el manifiesto rechazo social a un comportamiento sexual de dominio masculino y la defensa de unas relaciones consentidas. Posibilita, por otro lado, que los hombres se cuestionen su posible sexualidad abusiva. Todo esto está permitiendo, además, divulgar una crítica a la justicia que tenemos, a cómo se impone a las mujeres víctimas de violencia machista a pasar por una revictimización si acuden a ella, lo que les obliga (además de otros muchos condicionantes) a eludir la denuncia. Al mismo tiempo, se pone de manifiesto la necesidad de buscar cauces de acceso para que las mujeres puedan expresar una presumible situación de violencia, sus miedos, sus dudas... que no signifiquen más tortura y que, a la vez, les ayuden a encontrar razones y empoderamiento.

La enseñanza partidaria es que no sirven los protocolos contra la violencia ni la paridad representativa aprobados por las organizaciones como mera formalidad. Es necesario un convencimiento real de la importancia de la aplicación de esos mecanismos, un fuerte compromiso igualitario, con mayor influencia y autoridad de las mujeres feministas y de las prácticas democráticas, en una transformación continuada y profunda. Es la forma de recuperar la credibilidad perdida, especialmente en una fuerza de izquierdas, y contribuir a un auténtico cambio de progreso. Para ello se necesita más feminismo, no menos.

[Fuente: [Nueva Tribuna](#)]

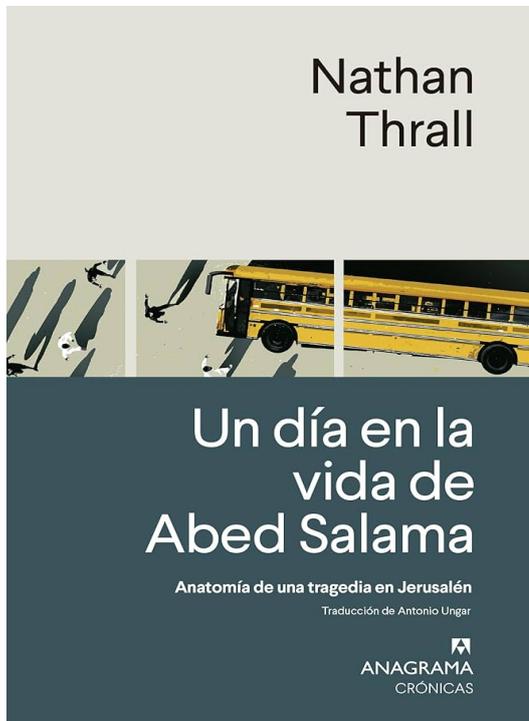
La Biblioteca de Babel

Un día en la vida de Abed Salama

Anatomía de una tragedia en Jerusalén

Anagrama Barcelona 2024 319

Antonio Madrid



Thrall ganó el premio Pulitzer 2024 con este ensayo novelado o, también se puede decir, con esta novela *ensayada*. La concesión del premio se dio a conocer unos días antes de la barbarie terrorista cometida por Hamás y otros grupos armados el 7 de octubre de 2023. Por tanto, este libro no habla de ese ataque terrorista, ni de la respuesta bélica de Israel, más propia de un estado genocida que de un estado de derecho que actúa dentro del marco del derecho internacional. [La Corte Penal Internacional ha dictado recientemente órdenes de detención contra Benjamin Netanyahu y Yoav Gallant](#) por los crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad cometidos, como mínimo, entre el 8 de octubre de 2023 y el 20 de mayo de 2024, durante la ofensiva bélica en Gaza.

El autor elige como eje narrativo el accidente de un autobús escolar. A partir de este hecho trágico, Thrall desmenuza la compleja realidad que se vive en Palestina. Esta complejidad va desde los efectos de las políticas de ocupación de territorios palestinos a manos de colonos protegidos por Israel, pasando por las discordias entre las organizaciones políticas palestinas, hasta la dificultad que los palestinos tienen para acceder a hospitales o escuelas situados en zonas bajo control israelí.

El accidente del autobús es en realidad un recurso literario para aterrizar la tragedia palestina. Al explicar la historia de unas familias, se explica la historia colectiva desde la creación del estado de Israel. Una historia marcada por el sufrimiento, por la indefensión: “Una indefensión tan

extrema que no les permitía ni tan solo proteger a sus hijos”.

El autor huye de juicios superficiales cargados de moralina, sin que por ello deje de explicar la realidad en su complejidad. Su propia vida cotidiana y la de su familia en Jerusalén, así como el trabajo de documentación que ha realizado, le permiten hablar de realidades en las que ha estado inmerso. En el mismo texto, aporta datos ofrecidos por B'Tselem sobre la sistemática violación de derechos humanos: [The Israeli Information Center for Human Rights in the Occupied Territories](#).

El detalle con el que describe poblaciones, caminos, controles policiales, tipos de pases, vinculaciones sociales, corrupciones, abusos... ofrece a quien lea el libro una narración del día a día, Un día en la vida de Abed Salama. A fin de cuentas, un día en la vida de cualquier persona que tenga su vida en Palestina. Buena lectura.

28 11 2024

Más allá del ser y el no ser

Nèctar Torrelles de Llobregat 2024 336

¿Por qué leer a Miguel Candel?

Josep Torrell Jordana



No soy un filósofo y nunca he simulado parecerlo. Si ahora pretendo dar cuenta de un libro como *Más allá del ser y el no ser* es por dos razones. La primera es la figura de su autor. Miguel Candel fue miembro de la redacción de *Materiales* y de *mientras tanto*, fue catedrático de griego (1977-2008), presentó y editó *Aristóteles. Obra completa* (en Gredos), y publicó *Metafísica de cercanías* (2004), *Tiempo de eternidad. Reflexiones sobre y desde la filosofía antigua* (2013) y *Ser y no ser* (2018), en la editorial Montesinos. Después de cinco años, ha publicado de nuevo, revisado, el último de los libros mencionados. La segunda razón tiene que ver con un dato que nos aterra: «según estadísticas de los profesionales del ramo, las ventas de textos filosóficos han descendido un 65% en los últimos años». Una tierra batida por el ultracapitalismo.

El libro tiene seis capítulos y tres apéndices: «Miseria (extrema) de la filosofía», «Experiencia: la realidad y sus sombras», «Lo real y lo trascendental», «El punto ciego del saber», «La mente, entre el cielo de las ideas y el abismo del ser» y «El ser se hace de muchas maneras». Y los apéndices «Ser, verdad y misterio», «La confección aristotélica de la naturaleza» y «Aforismos encadenados de una ética de la razón».

Más allá del ser y el no ser es una crítica al narcisismo dominante en la cultura occidental, y apuesta por los viejos y tradicionales términos platónico-aristotélicos del ser, el uno, el devenir, la substancia, etcétera.

Si tuviese que escoger un trazo, seguramente escogería la definición de *nación* (pág. 68), en que es obvio el entramado de relaciones y compromisos conscientes entre *individuos* (que son *indivisibles*). Un abismo respecto a la *nación* descerebrada del «todos somos la patria» o «la culpa de todo la tiene Madrid».

Creedme: vale la pena leerlo, sobre todo el capítulo último, que habla del presente.

17 11 2024

Lo prohibido

Tres Hermanas Ediciones 2022 320
El cuerpo en el que habito
Esmeralda Berbel



Hay una línea muy fina entre la vida y la literatura, y también hay una línea más gruesa. En ambas, el interlineado es amplio.

He escrito un libro en el que el trazo es amplio, pero antes de llegar al grosor he tenido que perfilar cada tramo delgado hasta llegar al perfil.

Es un libro en el que un personaje hace daño. Los gestos del inicio son leves, el giro de la luz crea una extraña e íntima penumbra, la voz del personaje que hace daño al mismo tiempo que «ama» posee un discurso hipnótico, extraordinario. Las palabras con las que él avanza van poniendo en duda lo que ocurre en la vida, en el cuerpo de ella. La voz es un grito que al amanecer ya se ha disuelto.

Hablar de lo que hace daño. Escribir porque hablar es a veces muy confuso. Construir a dos personajes que habitan una misma ciudad, un mismo idioma, una misma generación, casi una misma literatura, adultos, responsables de lo que hacen, que pueden entrar y salir de la relación —sea cual sea— con la misma «libertad» que entraron.

Los dos son cultos. Pueden vivir de su trabajo. Él es un hombre amable, simpático, cuidadoso, con un discurso fascinante, a veces ininteligible por lo elíptico y lo críptico.

El quiebre en su amabilidad es lento. Dosifica el gesto. Va adquiriendo el poder en ese gesto, lento, fino, en ese trazo que adhiere en la intimidad y engrosa con cautela. La línea es ya menos frágil pero no el cuerpo.

Antes de que él pueda mostrar ese otro lado, antes, ha tenido que crear un vínculo de afecto, de fascinación, de algo parecido al amor. Es muy difícil descubrir el otro lado de ese cuerpo, crear

que alguien que te ama va a hacerte daño. Un daño verbal. Tan difícil de explicar. Un daño verbal que sin duda cae dentro, daña dentro. Y se vuelve físico. ¿Por qué cuándo todo cambia ella no se va o se va más tarde, tarda demasiado?

Por eso, porque el vínculo ya es fuerte, como la fascinación, y el deseo y la escisión.

Hay muchas formas de hacer daño. Cuando me preguntan qué es un maltrato, y sobre todo qué es un maltrato psicológico, me paso horas para explicarlo, para que quede más o menos claro. Y lo que he conseguido decir de forma más breve y quizá más clara es que hay una diferencia entre hacer daño porque eres torpe, porque no sabes, porque no te das cuenta o porque has reaccionado a algo y te defiendes o hacer daño con habilidad, intención, consciente y sin haber reaccionado a nada. El maltrato puede reaccionar a cualquier cosa, inventarse cualquier cosa. No depende de lo que haga el otro.

He puesto el título de «El cuerpo que habito» porque es ahí donde estará todo. Y todo es la inclinación que produce el grito, la humillación, la dosificación del mal, la ambigüedad del lenguaje, la soberbia del que hace daño, el poder que se asigna. Es difícil explicarlo porque la marca es invisible, como la fragilidad de la línea. Hay que leer el entramado, lo lineal

Y como es difícil, lo escribo. Con la lentitud de la palabra, con el salto que me permite el lenguaje, con la superposición de una escena tras otra en la que el lector pueda decidir qué ocurre, quién y por qué queda tan atrapado.

[Esmeralda Berbel es escritora y profesora de Escritura Creativa]

7 11 2024

En la pantalla

Bolivia: el oro asesino

Arte TV Francia 2024, 26 min

En Bolivia, la extracción de oro ha provocado la destrucción de millones de hectáreas de bosque y una grave contaminación por mercurio. Estudios recientes revelan que los niveles de este metal en las comunidades indígenas son siete veces superiores a los límites permitidos, lo que supone una grave amenaza para su salud.

30 11 2024

Argentina: las guardianas de la verdad

Arte TV Francia 2024, 26 min

Un año después de que Javier Milei fuera elegido presidente, Argentina se enfrenta a una nueva crisis existencial. El presidente populista está sacudiendo los cimientos del país al revisar la narrativa nacional en torno a la dictadura militar que asoló el país desde 1976 hasta 1983. Un revisionismo que preocupa a los defensores de los derechos humanos.

30 11 2024

India: vivir a 50 grados

Arte TV Francia 2024, 13 min

La India siempre ha sufrido temperaturas abrasadoras, pero en los últimos años estos episodios son cada vez más frecuentes, más intensos y se adelantan cada vez más a las estaciones naturalmente calurosas, hasta el punto de que algunos científicos hablan ya de una «ola de calor invernal». Este año, cientos de personas han muerto por estrés térmico, y la NASA calcula que algunas partes del país podrían resultar inhabitables en 2050.

30 11 2024

Campañas

Observatori del Deute en la Globalització

Guía práctica: Comunidades Energéticas y Decrecimiento

¿Por qué una *Guía práctica de Comunidades Energéticas para el Decrecimiento*? Porque creemos que las Comunidades Energéticas son uno de los focos de esperanza de la transición energética justa y con participación ciudadana, y que el Decrecimiento tiene el potencial de amplificar su carácter transformador.

A pesar de que existe una larga tradición de comunidades que se organizan en torno a la energía, la publicación de las directivas europeas 2018/2001 y 2019/944 ha provocado un auténtico *boom* de Comunidades Energéticas en la Unión Europea y cada vez más personas forman parte de ello. Seguramente, este crecimiento no habría sido posible sin el sustrato creado por los proyectos cooperativos de energía verde como Som Energia, GoiEner, Energética, La Corriente y Nosa Enerxía, entre otras experiencias.

Las consecuencias de la emergencia climática y de la escasez de los recursos están cada vez más presentes en nuestro día a día y están directamente relacionadas con un modelo económico que tiene como último objetivo el crecimiento de la producción de bienes y servicios; y, a más crecimiento, más consumo de recursos y más emisiones. El Decrecimiento, pues, surge como respuesta crítica al objetivo de crecer y busca reorganizar nuestras sociedades de manera justa a través de un modelo económico alternativo que las sitúe dentro de los límites planetarios.

Pensamos que los proyectos asentados y arraigados de las Comunidades Energéticas pueden aportar concreción y contenido práctico al Decrecimiento. A su vez, dota de una mirada profunda y crítica que sirve como brújula para elaborar una estrategia política que nos ayude a levantar la mirada del corto plazo y abordar temas de alcance estructural.

Así pues, nuestra motivación para crear esta guía práctica es contribuir a impulsar unas Comunidades Energéticas justas y comprometidas a través del Decrecimiento. Aportaremos recursos, herramientas y metodologías que faciliten y estimulen a lograr este objetivo. Sabemos que no es tarea fácil, pero también sabemos que es muy necesaria. Esperamos poder acompañaros en una parte de este viaje que ya estáis haciendo para transformar el modelo energético de raíz. El documento puede consultarse en [este enlace](#).



[Fuente: [ODG](#). La guía se ha elaborado desde el ODG, en colaboración con [Som Comunitats](#) y [Som Energia](#)]

... Y la lírica

Amelia Díaz Benlliure

Antipoema de Navidad

Te inventaste hombre desde ese niño,
desde el umbral de lo que fuiste.

Y te soñaste inmenso.

Pero dejaron de brillar las estrellas
en el árbol de Navidad.

Sólo te quedó la prisa,
las cenas de empresa
y un regalo mal envuelto
de última hora.

Ya no miras cómo avanzan
los reyes de plástico
camino a Belén.

– También es cierto que ese camino
ya no es lo que era
y que los niños piden en sus cartas
unas piernas nuevas –

El abrazo fraterno se ha perdido en el río
entre los peces que bebían
y volvían a beber.
Eso sí que perdura.
La sed.